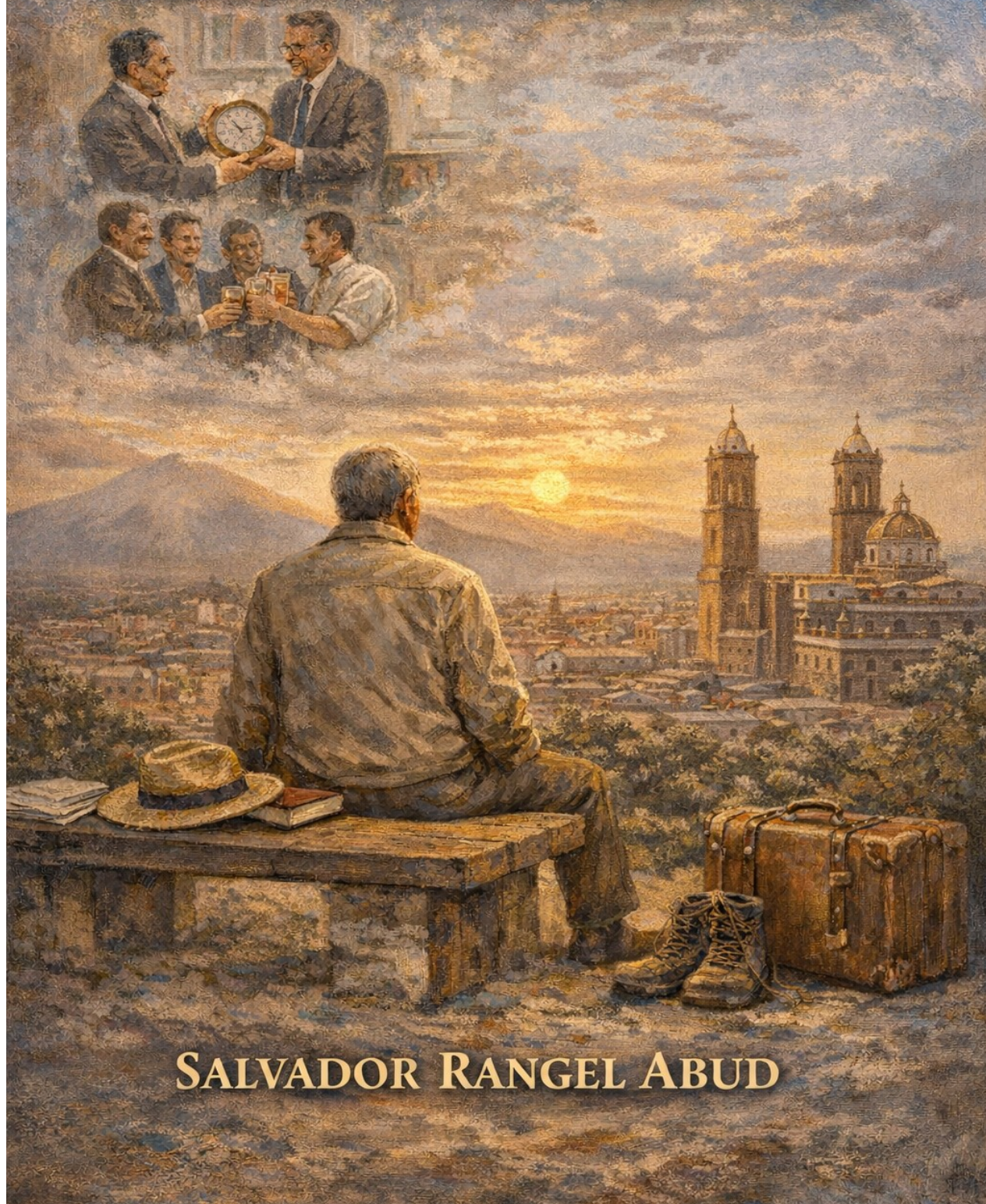


LA JUBILACIÓN DE HERMINIO LAFRAGUA



SALVADOR RANGEL ABUD

LA JUBILACIÓN DE HERMINIO LAFRAGUA

Por:

Salvador

Rangel

Abud

SINOPSIS

Herminio Lafragua Valladares tiene sesenta y tres años, treinta y dos de servicio en la Preparatoria Justo Sierra de Puebla, y la certeza tranquila de que el ciclo escolar que comienza será el último. Lo que no sabe todavía, con toda su claridad de maestro experimentado, es lo que viene después: el laberinto burocrático de los trámites de jubilación, el silencio del primer lunes sin obligación de ir a ningún lado, la reconfiguración dolorosa de una identidad construida ladrillo a ladrillo durante tres décadas. Todo eso ocurre mientras Celia, su esposa de treinta y ocho años, avanza en el Parkinson con la lentitud implacable de una enfermedad que no pide permiso. Herminio aprende a cuidarla mientras aprende a no ser el profesor Lafragua, y descubre que las dos pérdidas simultáneas exigen recursos que nadie le enseñó a desarrollar. La novela lo acompaña desde ese último septiembre hasta el final de su camino, cuando llega en paz a donde Celia lo espera, dejando en Celeste y Amador, sus hijos, la herencia que importa: no la de los bienes sino la de la manera de estar en el mundo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene trámites del ISSSTE que requieren documentos que requieren otros documentos, años de servicio que el sistema no tiene registrados como deberían estarlo, funcionarios que atienden con la eficiencia deshumanizada de quien ha procesado demasiados expedientes para seguir viendo personas dentro de ellos, y un primer lunes sin clases que se parece inquietantemente al desamparo.

Contiene también un matrimonio de treinta y ocho años que no necesita grandes declaraciones para ser real, una peineta de carey guardada en un cajón junto a una corbata azul marino, una planta de barro que sobrevive obstinadamente dos inviernos, y dos libretas azules llenas de letra ordenada que nadie va a leer salvo los que merecen leerlas.

No es una novela sobre la vejez como derrota. Es una novela sobre la vejez como proceso, con todo lo que ese proceso tiene de difícil y de posible a la vez. Audiencia recomendada: quienes se acercan a la jubilación, quienes ya la viven, quienes cuidan a alguien que envejece, y quienes quieren entender con honestidad lo que les espera.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Es escritor aficionado con más de cien novelas publicadas. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

La jubilación de Herminio Lafragua nace de años de trabajo académico y clínico con adultos mayores en México, y de la convicción de que ese trabajo, con toda su precisión estadística y su rigor metodológico, no alcanza para decir lo que solo puede decir una historia particular contada con honestidad. El libro sobre depresión en jubilados mexicanos está en los archivos. Esta novela está en la vida de Herminio, que es donde las cosas realmente ocurren.

El estilo de la novela sigue la tradición de Mario Benedetti: prosa sin ornamentos innecesarios, diálogo que dice lo que la realidad dice cuando no se le pide que sea más elocuente de lo que es, y una atención sostenida a los detalles cotidianos que revelan, más que los grandes gestos, quiénes son los personajes y qué les importa.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La jubilación de Herminio Lafragua

Autor: Salvador Rangel Abud

Idioma: Español

Extensión: Aproximadamente 26,500 palabras

Estructura: Prólogo + 11 capítulos + Epílogo

Género: Novela de reflexión social

Año: 2026

Ubicación: Puebla de Zaragoza, México

Formato disponible: Digital (PDF/EPUB) de distribución libre bajo licencia Creative Commons

NOTA DEL AUTOR

Esta novela comenzó con una pregunta que los datos de salud pública no pueden responder del todo: qué siente un hombre cuando entrega su credencial institucional por última vez y sale a la calle con la extraña sensación de que el mundo siguió girando sin esperarlo.

Llevo años trabajando con la epidemiología de la depresión en adultos mayores mexicanos, con las cifras de cobertura del sistema de pensiones, con los modelos de intervención comunitaria para el envejecimiento activo. Son herramientas necesarias y las respeto. Pero hay algo que esas herramientas no capturan: la textura específica de un primer lunes sin clases, el peso de cuidar a alguien mientras uno mismo se está reconfigurando, la manera en que un hombre aprende a estar consigo mismo cuando ya no tiene el trabajo que lo definía.

Herminio Lafragua no es un caso clínico. Es un hombre particular, con su ciudad y su escuela y su Celia y sus hijos con nombres elegidos, que atraviesa un proceso universal de una manera que es completamente suya. Eso es lo que puede hacer la novela que el ensayo no puede: mostrar lo universal en lo particular, sin generalizaciones y sin estadísticas, con la sola fuerza de una

historia honesta.

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo

Licencia © Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador Rangel Abud, "La jubilación de Herminio Lafragua"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

jubilación, envejecimiento, adulto mayor, México, Puebla, Parkinson, docencia, identidad, pérdida, duelo, cuidados, familia, soledad, dignidad, sistema educativo mexicano, ISSSTE, trámites burocráticos, novela mexicana, reflexión social

TEMAS PRINCIPALES

La jubilación como proceso, no como destino. La novela rechaza la versión simplificada de la jubilación como premio merecido y la versión catastrófica como derrumbe inevitable. Muestra, en cambio, el proceso real: la desorientación del primer período, la reconstrucción gradual de un sentido de identidad sin el trabajo que lo sostenía, los avances y retrocesos de un aprendizaje que nadie ofrece hacer formal.

La burocracia como dolor real. Los trámites del ISSSTE y de la Secretaría de Educación no son el tema central de la novela pero son parte indispensable de su verdad: el sistema que exige décadas de lealtad tiene poca gentileza para los trámites de la salida, y esa frialdad institucional forma parte de la experiencia real de millones de trabajadores mexicanos.

El cuidado como forma de amor. Herminio cuida a Celia durante años con una dedicación que no necesita ser declarada para ser real. La novela examina ese cuidado desde adentro: lo que exige, lo que enseña, lo que da sin que nadie lo contabilice. Y muestra que ser útil a la persona que uno quiere es una forma de utilidad que sobrevive a cualquier jubilación institucional.

La identidad más allá del trabajo. La pregunta central de la novela no es si Herminio va a sobrevivir la jubilación sino quién va a ser Herminio cuando ya no sea el profesor Lafragua. La respuesta que la novela construye es que la identidad es más amplia que el trabajo aunque el trabajo haya ocupado su centro durante décadas, y que descubrir esa amplitud es posible aunque requiera tiempo y honestidad.

La herencia que importa. Celeste y Amador no heredan bienes. Heredan una manera de estar en el mundo: la constancia discreta de su padre, la

claridad de su madre, la prueba de que una vida bien vivida deja algo en los que la rodean aunque ese algo no pueda inventarse.

CITAS DESTACADAS

"El mundo no se detiene cuando uno se jubila. Eso es lo primero que hay que aprender, y es una de las lecciones más duras."

"Cuidar a alguien no era lo mismo que resolver los problemas de alguien."

"Lo peor es cuando crees que ya pasó y vuelve. Menos seguido. Y uno ya sabe mejor qué hacer cuando vuelve."

"Empecé antes de estar segura, y la seguridad vino después, no antes. Si hubiera esperado a estar segura, todavía estaría esperando."

"De que Herminio se quede muy solo."

"En el cajón los dos llegaron hasta el otro."

"Era suficiente herencia. Era, de hecho, la única herencia que importaba."

COMPARACIONES LITERARIAS

"La tregua" de Mario Benedetti: La novela más directa con la que dialoga *La jubilación de Herminio Lafragua*. Benedetti narró la cuenta regresiva hacia la jubilación; Rangel Abud narra lo que viene después. Los dos comparten el tono: prosa sin ornamentos, personajes contruidos desde la cotidianidad, una melancolía serena que no es pesimismo sino honestidad ante la vida real.

"El amor en los tiempos del cólera" de Gabriel García Márquez: El amor que persiste y se transforma a lo largo de décadas, que no necesita las declaraciones de la juventud porque se ha vuelto estructura. Donde García Márquez opera en el registro de lo mítico, Rangel Abud opera en lo cotidiano: la taza de té a la hora exacta, la peineta de carey en el cajón, el silencio que no necesita ser llenado.

"Pedro Páramo" de Juan Rulfo: El pueblo mexicano, sus silencios y sus ausentes que siguen presentes. La Puebla de Herminio no es el Comala de Rulfo, pero ambas novelas entienden que los lugares donde vivimos nos forman de maneras que no siempre sabemos nombrar, y que irse de ellos no cancela lo que fueron.

"Rayuela" de Julio Cortázar: No en la estructura experimental sino en la convicción compartida de que la literatura en español tiene la obligación de ser honesta antes que elegante, y de que los personajes más verdaderos son los que no resuelven sus contradicciones sino que aprenden a vivir con ellas.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Está preparado el sistema de seguridad social mexicano para acompañar a los trabajadores en el tránsito hacia la jubilación, más allá del trámite administrativo?

Herminio y Celia construyeron un matrimonio basado en la constancia más que en la declaración. ¿Es esa una forma de amor más sólida o simplemente diferente a las formas más expresivas?

La novela muestra tres modelos de jubilación a través del profesor Mondragón, la profesora Inés y el señor Fuentes. ¿Con cuál se identifica más y por qué? ¿Hay un cuarto modelo que la novela no contempla y que considera importante?

Herminio descubre la escritura en la libreta azul como forma de procesar su experiencia. ¿Qué dice eso sobre la necesidad humana de narrar la propia vida para entenderla?

El epílogo pertenece a Celeste y Amador. ¿Qué cambia en la lectura de la novela cuando la perspectiva pasa de los padres a los hijos? ¿Qué ven ellos que Herminio no podía ver sobre sí mismo?

¿Qué significa, en términos prácticos y emocionales, no dejar de ser útil a la pareja y a la familia cuando ya no se es útil a la institución?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA: Rangel Abud, S. (2026). La jubilación de Herminio Lafragua. Internet Archive. [URL]

Formato MLA: Rangel Abud, Salvador. La jubilación de Herminio Lafragua. 2026. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago: Rangel Abud, Salvador. La jubilación de Herminio Lafragua. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2026. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud

Ubicación: Xalapa, Veracruz, México

Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras: "La felicidad no es una broma, pero... ¡cómo se le parece!" (2026), "Lakshmi contra Rakshasas" (2026), "Pero Grullo en el México Actual" (2026), "La Casa de los Siete Pecados Capitales" (2025), "Donde el Aire ya no Alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "Los Incendiarios de Papel" (2025), "La Última Ovación" (2025), "Amor sin Destino" (2025), "Las Caras de la Muerte" (2025), "El Camino de la Luz" (2025).

MENSAJE FINAL

Esta novela nació de la convicción de que hay millones de mexicanos que atraviesan el proceso de la jubilación solos, sin preparación suficiente, sin que nadie les haya dicho con honestidad lo que les viene encima. Que lo hacen, muchos de ellos, mientras cuidan a alguien enfermo o mientras procesan una pérdida reciente o mientras aprenden, a los sesenta años, que la identidad es

más amplia que el trabajo aunque el trabajo haya sido su centro durante décadas.

Herminio Lafragua no es un héroe ni una víctima. Es un hombre común que hizo las cosas bien de la única manera que sabía hacerlas: con constancia, con honestidad, sin grandes declaraciones y sin rendirse. Que cuidó a Celia hasta el final y que llegó al suyo en paz, con las libretas azules llenas y la planta de Daniel todavía viva en el balcón y los hijos que llevan algo suyo en la manera de estar en el mundo.

Eso es suficiente. Es, de hecho, la única forma de suficiente que importa cuando se ha llegado al final del camino.

Publicación digital de distribución libre · Creative Commons BY-NC-ND 4.0 · 2026

Serie No. 2/10 · wrangel.1352@gmail.com

ÍNDICE

PRÓLOGO: Los que se quedan

CAPÍTULO 1: El último septiembre

CAPÍTULO 2: La máquina de los papeles

CAPÍTULO 3: Los otros

CAPÍTULO 4: Celia

CAPÍTULO 5: El último día de clases

CAPÍTULO 6: El primer lunes

CAPÍTULO 7: Aprender a estar

CAPÍTULO 8: Lo que se pierde, lo que queda

CAPÍTULO 9: La despedida de Celia

CAPÍTULO 10: Herminio solo

EPÍLOGO: La dignidad de los que continúan

PRÓLOGO

Los que se quedan

Hay una palabra que en México se pronuncia con demasiada ligereza, casi siempre con una sonrisa condescendiente o con el alivio superficial de quien no ha llegado todavía a ese momento y prefiere no pensar demasiado en él. Esa palabra es jubilación.

Dicha así, con simpleza, parece ser solo el final natural de una historia larga de trabajo. Como si bastara con poner punto y aparte después de tres o cuatro décadas de trabajo para que todo lo demás se acomodara solo del otro lado. Como si el hombre o la mujer que entrega su credencial institucional por última vez pudiera salir a la calle sin más y encontrar esperándolo una vida nueva, ordenada y dispuesta para ser vivida con la misma facilidad con que se estrena un par de zapatos. Pero no es así, porque nunca ha sido así.

Pero seguimos usando esa palabra, casi como un sinónimo de descanso merecido, de recompensa justa, de llegada feliz al puerto que se prometió en la juventud, sin detenernos a preguntar qué ocurre cuando el barco atraca y el marinero descubre que no reconoce el puerto, que nadie lo espera en el

muelle, y que las manos que durante décadas supieron exactamente qué hacer no encuentran ahora en qué ocuparse.

Esta novela nació de esa pregunta. Y de la convicción profunda de que hay en México millones de hombres y mujeres que han enfrentado ese momento solos, en silencio, con la dignidad callada de quienes no fueron preparados para pedir ayuda y que sin embargo la necesitaban, sin que nadie les avisara con suficiente honestidad lo que les venía encima. Sin que nadie les dijera que la jubilación no es un punto final sino un umbral, y que del otro lado no hay descanso automático sino un territorio desconocido que hay que aprender a habitar desde cero, a los sesenta o setenta años, cuando uno pensaba que ya no quedaban territorios desconocidos por explorar.

Pero mejor hablemos primero de los números, porque los números también tienen rostro, aunque a veces se olvide. En México, más del ocho por ciento de la población tiene sesenta y cinco años o más, y esa proporción crece cada año con la silenciosa constancia de lo inevitable. Son cifras que los demógrafos citan en sus informes con la objetividad necesaria de su oficio, pero detrás de cada número hay una persona concreta con un rostro distinto: el maestro que pasó treinta años frente a grupos de adolescentes en una escuela pública del interior del país. La enfermera que hizo turnos nocturnos durante dos décadas en un hospital del IMSS. El contador que llegó a su oficina antes que nadie durante cuarenta años y que un día entregó sus llaves y supo que nadie le pediría que las devolviera. El ingeniero, la secretaria, el trabajador social, el médico, el bibliotecario.

Son hombres y mujeres que pusieron su energía, su inteligencia, su vocación y sus mejores horas al servicio de una institución, una empresa, una causa, y que llegado el momento del retiro descubren, con una mezcla de sorpresa y de dolor que no siempre saben nombrar, que la institución sigue funcionando sin ellos con una naturalidad que duele más de lo que uno quisiera admitir. La vida sigue. El trabajo sigue. El mundo que fue el centro de su identidad durante décadas continúa girando sin esperarlos, sin notar del todo su ausencia, con esa indiferencia tranquila que no es crueldad sino simplemente la manera en que funciona el sistema...y el tiempo.

El mundo no se detiene cuando uno se jubila. Eso es lo primero que hay que aprender, y es una de las lecciones más duras que depara esta etapa de la vida.

Pero los números, decíamos, no bastan para entender lo que ocurre por dentro. Los números dicen cuántos son los que atraviesan este proceso cada año; no dicen cómo se sienten al despertar el primer lunes sin obligación de ir a ningún lado, cuando el cuerpo se levanta a la misma hora de siempre por la inercia acumulada de décadas y la mente descubre de golpe que no hay ningún lugar adonde dirigirse con urgencia. No dicen cómo se siente esa primera semana de libertad absoluta que se parece, con una ironía que nadie anticipó, inquietantemente al desamparo. No dicen qué pasa en el interior de un hombre cuando entra a un salón vacío por última vez, recoge sus cosas del escritorio que ocupó durante treinta años, y sale a la calle sabiendo que esa puerta ya no volverá a abrirse para él de la misma manera. No dicen cuánto

pesa ese momento, ni con qué herramientas se enfrenta, ni si las herramientas que uno tiene son suficientes o si hay que forjarse otras nuevas a una edad en que forjar cosas nuevas requiere un esfuerzo que pocos calcularon de antemano.

Porque nadie prepara a los trabajadores mexicanos para jubilarse. Esa es una verdad que conviene decir sin rodeos. Las instituciones preparan a sus empleados para trabajar, para rendir, para cumplir metas, para soportar la presión y la carga de años interminables de servicio. Pero no los preparan para el momento en que todo eso termina. No existe en los sistemas de seguridad social de este país un acompañamiento real, sostenido y empático para la transición hacia el retiro.

No existe una pedagogía del envejecimiento activo que llegue con suficiente anticipación a quienes la necesitan. No existe, en la gran mayoría de los casos, nadie que le diga al trabajador con varios años de anticipación: lo que viene no es solo descanso, es también un proceso de reconfiguración de la identidad, de búsqueda de nuevos sentidos, de aprendizaje de nuevas formas de estar en el mundo, y vale la pena pensarlo antes de que llegue.

Y si la preparación emocional es escasa, la burocrática es un laberinto que merece párrafo aparte. Porque la jubilación en México no solo es un tránsito existencial: es también un proceso administrativo que el sistema convierte, con una eficiencia inversa que asombra, en una prueba de paciencia y de resistencia que muchos no esperaban. El trabajador que ha dedicado su vida al servicio público llega a las ventanillas del ISSSTE o de la Secretaría correspondiente con la ingenuidad comprensible de quien cree que las instituciones reconocen la lealtad con la misma seriedad con que la exigieron durante décadas.

Y se encuentra con formularios que requieren otros formularios, con años de servicio que el sistema no tiene registrados como deberían, con sellos que faltan y documentos que caducaron y funcionarios que atienden con la eficiencia mecánica de quien ha procesado tantos expedientes que hace tiempo dejó de ver personas dentro de ellos. Se encuentra con filas que avanzan lentamente bajo la luz fría de oficinas que parecen diseñadas para desalentar, con plazos que se extienden sin explicación, con correcciones que generan nuevas correcciones en un ciclo que parece no tener fin.

El laberinto administrativo de la jubilación en México no es una anomalía ni un accidente fortuito: es el rostro institucional de una sociedad que valora el trabajo mientras se realiza y que tiene escasa paciencia, poca gentileza y muy poca empatía para los trámites de su conclusión. Cruzarlo requiere tiempo, persistencia, y una fortaleza emocional que nunca aparece en los requisitos pero que resulta indispensable.

Y cuando por fin se cruza ese laberinto, cuando el papel firmado llega y el proceso concluye, entonces comienza, paradójicamente, la parte más difícil. Porque el trámite terminado no resuelve la pregunta de fondo: ¿y ahora qué? Esa pregunta, simple en apariencia, tiene una profundidad que puede llegar a ser abismal para quien no tiene preparada una respuesta. El trabajo no era solo una fuente de ingresos: era una estructura que organizaba el tiempo, una

red de relaciones que sostenía la vida social, una razón para levantarse con un propósito definido, una identidad que se construyó ladrillo a ladrillo durante décadas y que de pronto ya no puede usarse como respuesta a la pregunta básica de quién soy. El maestro que ya no da clases. El médico que ya no atiende pacientes. El ingeniero que ya no firma planos. ¿Quiénes son ahora, del otro lado de lo que fueron?

Algunos encuentran la respuesta con relativa naturalidad. Descubren en la libertad recién adquirida el espacio que siempre faltó para hacer lo que postergaron, para aprender lo que siempre quisieron aprender, para estar con las personas que siempre merecieron más tiempo y que lo recibieron a cuentagotas durante los años de trabajo intenso. Hay jubilados que florecen, y eso también es verdad y merece ser dicho. Hay hombres y mujeres que encuentran en esta etapa una vitalidad nueva, un sentido renovado, una forma de ser en el mundo que es más auténtica que cualquiera de las que tuvieron antes, porque ya no está condicionada por las exigencias de ninguna institución.

Pero hay otros, muchos otros, que se pierden. Tal vez los más. Que sin la estructura del trabajo no saben cómo organizar el tiempo, cómo sostener la motivación, cómo encontrar razones suficientes para salir de casa un martes por la mañana sin tener a dónde ir. Que el primer mes de jubilación viven con la euforia del que siente que se quitó un peso de encima, y que al tercer mes empiezan a sentir que algo les falta sin saber nombrarlo con exactitud, y que el sexto mes se despiertan algunas mañanas con una tristeza difusa que no tiene causa aparente y que sin embargo está ahí, instalada en el pecho como un huésped que llegó sin ser invitado y que no da señales de querer irse.

Esa tristeza tiene nombre clínico: se llama depresión. Y en México afecta a la cuarta parte de los adultos mayores, con cifras aún más altas en quienes viven en condiciones de aislamiento social o en zonas rurales con acceso limitado a servicios de salud mental. Es un dato que las estadísticas registran con frialdad y que la vida cotidiana de millones de familias mexicanas conoce de cerca, aunque no siempre sepa qué hacer con ese conocimiento.

Porque en México la depresión del adulto mayor sigue siendo, con demasiada frecuencia, un padecimiento que se confunde con la vejez misma, como si envejecer fuera inevitablemente sinónimo de estar triste, como si la melancolía del que ya no trabaja fuera una consecuencia natural y aceptable del paso del tiempo y no una condición tratable que merece atención y acompañamiento. Se le dice al jubilado que así es esto, que es normal, que hay que aguantarse, que la vida que tuvo ya se fue. Y el jubilado, formado en la cultura del esfuerzo silencioso y de la queja contenida, muchas veces lo acepta.

Se queda en su sillón. Ve la televisión. Espera sin saber muy bien qué espera. Y la sociedad que lo rodea, ocupada en sus propios asuntos urgentes, no siempre tiene tiempo ni disposición para mirarlo con la atención que merece.

Y hay algo más, sin embargo, que esta novela quiere mirar de frente con toda la honestidad que sea posible. Algo que los libros sobre la vejez mencionan con frecuencia pero que rara vez examinan con la profundidad que merece. Es

la verdad de los que envejecen en pareja. Porque envejecer de a dos no es solo compartir los años buenos, los domingos tranquilos, los nietos que llegan, las tardes sin prisa del jubilado que por fin tiene tiempo para sentarse en la sombra de su propio patio. Envejecer en pareja es también, y con la misma inevitabilidad, enfrentarse juntos al cuerpo que empieza a fallar.

Primero el de uno, luego el del otro, con el orden arbitrario que la biología decide sin consultar preferencias ni conveniencias. Es descubrir que la persona con quien uno compartió décadas de vida cotidiana empieza a necesitar un tipo de cuidado que antes no era necesario, y que ese cuidado requiere aprender cosas que nadie enseñó, desarrollar paciencias que uno no sabía que tenía, reorganizar la vida entera alrededor de una enfermedad que avanza con su propio ritmo imperturbable.

El Parkinson, que es la enfermedad que acompaña a esta historia, es una de esas condiciones que la medicina describe con precisión técnica y que la vida cotidiana convierte en una presencia constante, silenciosa y exigente. No mata de golpe: erosiona. Va tomando, poco a poco, con una lentitud que da tiempo para adaptarse y para anticipar la pérdida sin poder evitarla, las capacidades que una persona construyó durante toda su vida. El temblor en la mano que un día es apenas perceptible y otro día no para.

La dificultad para caminar que se instala gradualmente hasta requerir apoyo. La voz que se vuelve más tenue. Los gestos que se ralentizan. Y la persona que está dentro de todo eso, que sigue siendo ella misma con toda su historia y toda su inteligencia, habitando un cuerpo que ya no responde como debería. Cuidar a alguien con Parkinson es un acto de amor que se aprende en la práctica, día a día, sin manual, con la única guía de lo que uno conoce de la persona que tiene enfrente y de lo que uno es capaz de dar sin que nadie lo obligue ni lo mida.

Ese cuidado, además, ocurre con frecuencia en el mismo período en que el cuidador está atravesando su propio proceso de jubilación, su propia reconfiguración identitaria, su propio aprendizaje de quién es ahora, y que ya no es, lo que fue. Los dos procesos se superponen, se alimentan mutuamente, se complican el uno al otro con una simultaneidad que no admite postergaciones. No hay turno para ocuparse primero de uno y luego del otro. Los dos están ahí, al mismo tiempo, demandando presencia y energía y atención. Y el hombre o la mujer que los atraviesa tiene que encontrar la manera de sostenerse en ambos frentes sin que ninguno lo derribe del todo, apelando a reservas de fortaleza que muchas veces no sabía que tenía hasta que las necesitó.

También es verdad, y esta novela no lo elude, que ese proceso de cuidado tiene una conclusión. Que la enfermedad avanza hasta que llega un momento final, y que el cuidador que ha organizado su vida entera alrededor de la persona enferma se queda entonces con una casa que de pronto tiene demasiado silencio y con una rutina que perdió su razón de ser principal. La viudez en la vejez es una de las experiencias humanas más comunes y al mismo tiempo más solitarias que existen, porque ocurre en un momento de la vida en que los recursos emocionales pueden estar más desgastados, en que

las redes sociales se han ido reduciendo con los años, en que los hijos tienen sus propias vidas y sus propias urgencias y no siempre pueden estar tan cerca como uno necesitaría. La sociedad mexicana, que tiene una cultura del duelo rica y compleja en sus expresiones colectivas, no siempre sabe acompañar bien la soledad cotidiana del viudo anciano que sigue viviendo en la misma casa donde vivió con su pareja y que aprende, lentamente, a habitar ese espacio de otra manera.

Esa soledad, sin embargo, no es derrota. No lo es cuando viene después de una vida vivida con sentido, cuando viene precedida de años de amor real y de trabajo honesto y de hijos criados bien. Es simplemente la forma que toma la vida cuando ha sido vivida de verdad, cuando uno amó a alguien durante suficientes años como para que su ausencia tenga exactamente el peso de lo que fue su presencia. Los viudos y las viudas de este país que llegan a la vejez solos, después de haber construido todo con alguien, merecen más que el silencio condescendiente con que demasiadas veces la sociedad recibe su condición.

Merecen ser vistos con atención. Merecen que alguien cuente su historia sin melodrama innecesario ni consuelo fácil, sino con la honestidad serena de quien sabe que hay una dignidad profunda en seguir adelante, en levantarse cada mañana, en salir a la calle, en seguir siendo alguien aunque el alguien de ahora sea diferente al de antes.

Herminio Lafragua Valladares es un hombre de Puebla que fue maestro de preparatoria durante treinta y dos años en la Escuela Preparatoria Justo Sierra. Un hombre de su generación: discreto en el afecto, constante en el trabajo, formado en la convicción de que servir a la educación pública era una manera digna y necesaria de pasar por el mundo. Amó a Celia con la fidelidad callada de los hombres que no necesitan proclamar lo que sienten porque lo demuestran todos los días en cosas pequeñas, y la vio enfermar del Parkinson con la impotencia de quien entiende exactamente lo que ocurre sin poder hacer nada para detenerlo.

Tuvo dos hijos, Celeste y Amador, a quienes educó suficientemente bien como para que se fueran a vivir sus propias vidas lejos de Puebla, que es la única medida verdadera del éxito en la crianza. Atravesó el laberinto burocrático de su jubilación con la paciencia desgastada que da no tener alternativa. Aprendió a cuidarse cuando toda su vida había sido, en otro sentido, el que cuidaba. Y llegó al otro lado de todo eso, al final de esta historia, no como un hombre vencido ni como uno que se convenció de que todo estuvo bien cuando no siempre lo estuvo, sino como alguien que entendió, con la tardanza con que se entienden las cosas importantes, que la vida tiene sentido aunque su forma haya cambiado por completo y aunque uno ya no sea, en casi ningún sentido, lo que fue.

Herminio no pidió ser el representante de nadie. Pero lo es. Lo es de todos los que se jubilaron en silencio y descubrieron que el silencio era más pesado de lo que esperaban. Lo es de todos los que cuidaron a alguien enfermo mientras aprendían a vivir sin el trabajo que los definía. Lo es de todos los que se

quedaron solos después de muchos años de no estar solos, y que encontraron la manera, sin aspavientos y sin heroísmo declarado, de seguir adelante. Su historia no es excepcional. Es, precisamente por eso, la historia de todos. Y tal vez por eso vale la pena contarla.

CAPÍTULO 1

El último septiembre

El olor de la Preparatoria Justo Sierra en septiembre era siempre el mismo. Herminio Lafragua lo conocía con la precisión con que se conocen las cosas que han formado parte de la vida durante más tiempo del que uno alcanza a calcular: una mezcla de pintura fresca sobre muros viejos, de tiza y de patio mojado por las lluvias de fin de verano, de fotocopias recién salidas de la máquina de la secretaría y de ese algo indefinible que tienen los edificios escolares cuando se llenan de gente joven después de meses de vacío. Era un olor que había aprendido a distinguir desde lejos, antes de entrar, cuando todavía caminaba por la banqueta de la calle Reforma con su portafolio de cuero café en la mano derecha y el café en termo bajo el brazo, y que le producía, invariablemente, una mezcla de satisfacción y de cansancio anticipado que en treinta y dos años nunca había logrado separar del todo la una del otro.

Este septiembre, sin embargo, era distinto. No en el olor. No en la pintura ni en el patio ni en el ruido de los alumnos que llegaban en tropel por la puerta principal con esa energía descuidada de los que tienen dieciséis años y no saben todavía que la energía es un recurso finito. Era distinto en algo que no estaba en el edificio sino en él, en Herminio, en la manera en que sus pies pisaban el pasillo del primer piso con una conciencia nueva, casi dolorosa, de cada paso. Este era el último septiembre. Lo sabía con la certeza tranquila de las decisiones tomadas después de mucho tiempo de darles vueltas, y esa certeza, lejos de producirle alivio, le generaba una especie de vigilia interior permanente, como si algo en él hubiera decidido registrar todo con más atención que de costumbre, como si los ojos y los oídos y hasta el olfato hubieran acordado entre sí no desperdiciar nada de lo que quedaba.

Tenía sesenta y tres años. Treinta y dos de servicio en esta misma escuela, con el mismo número de grupo pintado sobre la misma puerta de madera del salón 14, en el ala derecha del edificio principal. Había dado clases de Historia Universal e Historia de México a generaciones de jóvenes poblanos que llegaban sin saber quiénes eran y salían, la mayoría de ellos, con algo más de lo que traían, aunque no siempre pudieran nombrar exactamente qué. Eso era lo que Herminio había hecho durante treinta y dos años: dar algo que no siempre podía nombrarse pero que estaba ahí, en la manera en que un alumno empezaba a hacer preguntas en lugar de solo recibir respuestas, en la manera en que otro encontraba en el pasado una forma de entender el presente, en la manera en que alguno, el menos esperado a veces, llegaba a su despacho después de clase a decirle que esa cosa que dijo sobre la Revolución, o sobre la Colonia, o sobre los griegos, le había hecho pensar en

algo que nunca antes había pensado. Esos momentos eran raros. Pero ocurrían, y Herminio había aprendido a vivir de ellos con la discreción del que sabe que no puede exigirlos pero que los agradece cuando llegan.

Los alumnos de quinto semestre que entraron al salón 14 ese primer lunes de septiembre eran treinta y cuatro. Los miró llegar con la misma atención de siempre, esa atención que con los años se había vuelto casi involuntaria, calibrada para detectar en los primeros minutos qué tipo de grupo era este, quién iba a ser el que preguntara demasiado, quién el que se sentara hasta atrás y mirara por la ventana, quién el que tomaba notas desde el primer día con una aplicación que le alegraba el corazón de maestro aunque a veces le pesara admitirlo. Eran jóvenes del año dos mil veintitrés, con sus teléfonos y sus audífonos y su manera particular de existir en el mundo, y sin embargo eran también, en lo fundamental, los mismos jóvenes de siempre: confundidos, curiosos por debajo de la pose de indiferencia, necesitados de alguien que los tomara en serio sin dejar de exigirles.

—Buenos días —dijo Herminio, y el salón se fue aquietando con la lentitud característica de los primeros días, cuando todavía no está establecida la autoridad y hay que establecerla de nuevo, como cada año, sin alzar la voz, sin amenazar, simplemente estando ahí con la presencia que da el tiempo.

Los presentó el programa del semestre con la misma meticulosidad de siempre. Les dijo lo que esperaba de ellos y lo que ellos podían esperar de él. Les habló de la Historia no como una colección de fechas y nombres sino como el intento permanente de los seres humanos por entender por qué son lo que son, lo cual le pareció a la mayoría de ellos, él lo vio en sus caras, una afirmación interesante aunque todavía abstracta. Ya se volvería concreta. El semestre era largo y Herminio sabía cómo hacerla concreta.

Lo que no dijo, lo que no tenía ninguna razón para decir en ese salón, era que este era su último grupo. Que estas treinta y cuatro personas que lo miraban con la curiosidad inicial del primer día serían los últimos alumnos que Herminio Lafragua Valladares tendría en su vida como maestro. Que cuando en enero les pusiera las calificaciones finales y firmara el acta correspondiente, esa firma sería también la última de una serie que empezó en septiembre de mil novecientos noventa y uno, cuando tenía treinta y un años y el salón 14 era igualmente ruidoso y olía igual y los jóvenes eran igualmente confundidos y curiosos y necesitados de alguien que los tomara en serio.

Guardó ese saber para sí mismo con la discreción de siempre, y empezó la clase.

La casa en la calle de Los Pilares estaba a veinte minutos de la preparatoria caminando, y Herminio siempre caminaba. Lo había hecho desde el primer año, cuando vivían cerca del zócalo y el trayecto era más largo, y lo seguía haciendo ahora que se habían mudado al departamento de la colonia La Paz hacía ya quince años, con Celeste en la universidad y Amador terminando la preparatoria. Caminar le daba tiempo para pensar, o para no pensar, según lo que el día requiriera. Le daba también esa transición que los médicos llaman necesaria entre el espacio del trabajo y el espacio de la casa, ese corredor de

tiempo propio en que uno deja de ser el profesor y empieza a ser el marido, el padre, el hombre que llega a casa y quiere encontrar las cosas más o menos en su lugar.

Ese lunes de septiembre llegó a las dos y cuarto de la tarde, como siempre. Subió los tres pisos por las escaleras, como siempre. Abrió la puerta con su llave y escuchó, antes de ver nada, el sonido particular que tenía la casa cuando Celia estaba en la cocina: una combinación de pasos lentos, de cajones que se abrían con cuidado y de la radio en voz baja sintonizada en la estación de música del estado.

La encontró de pie junto a la estufa, preparando el almuerzo tardío que habían establecido como ritual desde que él volvía de la escuela. Llevaba el delantal azul que era su favorito desde hacía años, y tenía el cabello recogido con la peineta de carey que Herminio le había regalado en uno de sus aniversarios, ya no recordaba cuál. Lo que sí recordó, al verla, fue la manera en que Celia tenía de pararse frente a la estufa con una concentración total que excluía el resto del mundo, como si cocinar fuera para ella una forma de meditación que no toleraba interrupciones.

—Ya llegaste —dijo ella sin voltear, porque había escuchado la llave y los pasos.

—Ya llegué —dijo él, y dejó el portafolio sobre la silla del comedor y se acercó a darle un beso en la mejilla, que era el saludo de treinta y ocho años de matrimonio, invariable como el olor de septiembre en la escuela.

Fue entonces cuando lo vio. O más bien lo notó, porque no era la primera vez que lo veía: el temblor en la mano derecha de Celia mientras sostenía la cuchara sobre la olla. Un temblor leve, rítmico, que no era suficiente para derramar nada pero que estaba ahí con una presencia que en cuatro años Herminio no había logrado, ni quería lograr, normalizar del todo. El Parkinson de Celia había empezado con ese temblor, en la mano derecha, cuatro años atrás. Había progresado con la lentitud que prometía progresar, ni más rápido ni más lento de lo que los médicos habían anticipado, y Herminio había aprendido a leer en ese temblor, como si fuera un termómetro particular, cómo estaba Celia en cada momento del día.

Hoy el temblor era moderado. Días había en que era casi imperceptible, y días en que era más pronunciado y le costaba más trabajo hacer las cosas que siempre había hecho con la naturalidad de quien no tiene que pensar en sus propias manos para usarlas. Hoy era un día intermedio, y Herminio calculó eso en el tiempo que duró el beso en la mejilla y se acomodó en su silla del comedor sin decir nada al respecto, porque Celia no quería que se dijera nada al respecto a menos que ella lo mencionara primero, y ese era un acuerdo que habían llegado a establecer sin haberlo discutido nunca de manera explícita, como se establecen los acuerdos más importantes en un matrimonio largo.

—¿Cómo estuvo el primer día? —preguntó ella.

—Como siempre —dijo Herminio—. Treinta y cuatro alumnos. Varios que ya saben que no quieren estar ahí y algunos que todavía no saben que sí quieren.

—¿Y tú?

Herminio miró la mesa un momento antes de responder.

—Yo también como siempre.

Celia sirvió los platos y se sentó frente a él con los movimientos cuidadosos que había desarrollado para compensar lo que el Parkinson le iba quitando, esa economía gestual aprendida en la práctica que Herminio encontraba, aunque nunca lo habría dicho en esos términos, profundamente admirable. Comieron durante un rato en el silencio cómodo de los que no necesitan llenar todos los espacios con palabras, el silencio que es uno de los pocos lujos que da el tiempo en pareja cuando ha sido bien usado.

—Es el último —dijo Herminio, de pronto, sin haber planeado decirlo.

Celia lo miró.

—¿El último qué?

—El último grupo. El último septiembre.

Ella asintió despacio, sin sorpresa, porque lo sabían los dos desde hacía meses y sin embargo era diferente ahora que el ciclo había empezado y la cosa era real y concreta y tenía treinta y cuatro caras que en enero recibirían sus últimas calificaciones firmadas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Celia.

Herminio pensó en eso con la honestidad que Celia siempre le había exigido, desde el principio, y que era una de las razones por las que treinta y ocho años de matrimonio todavía tenían conversación.

—No sé todavía —dijo al fin—. Creo que todavía no me cae el veinte.

Celia asintió de nuevo y volvió a su plato. La cuchara tembló apenas sobre la sopa y ella la sostuvo con las dos manos, un gesto que a Herminio siempre le apretaba algo adentro aunque procurara que no se le notara en la cara.

—Te va a caer —dijo ella—. Ya sabes cómo eres.

—¿Cómo soy?

—De los que tardan en entender las cosas pero cuando las entienden las entienden bien.

Herminio no dijo nada. Levantó su vaso de agua y bebió despacio, mirando por la ventana el pedazo de cielo poblano de septiembre, que era un azul particular, limpio por las lluvias de agosto, con nubes blancas que pasaban con una lentitud que ese día le pareció, sin saber muy bien por qué, reconfortante.

Afuera, la ciudad seguía. La Preparatoria Justo Sierra seguía, con sus treinta y cuatro alumnos del quinto semestre y sus pasillos que olían a pintura y a tiza y a lluvia reciente. Y él estaba aquí, en esta cocina, con Celia y su temblor y su cuchara sostenida con las dos manos, en este departamento de la colonia La Paz que era su mundo real, el que siempre había sido más importante que el otro aunque no siempre lo hubiera sabido con suficiente claridad.

El último septiembre había comenzado.

CAPÍTULO 2

La máquina de los papeles

La primera vez que Herminio fue a las oficinas del ISSSTE en Puebla para preguntar por los trámites de jubilación, un martes de octubre a las diez de la mañana, tardó cuarenta minutos en encontrar la ventanilla correcta. No porque el edificio fuera particularmente grande ni porque las instrucciones fueran especialmente confusas, sino porque cada persona a la que preguntó le indicó una dirección diferente con la seguridad tranquila de quien está convencido de tener razón. La señora de la recepción lo mandó al segundo piso. En el segundo piso, una joven con audífonos colgados al cuello le dijo que eso era en la planta baja, ventanilla siete. En la ventanilla siete, un hombre de mediana edad con cara de haber contestado esa misma pregunta demasiadas veces le explicó que los trámites de jubilación del sector educativo no se hacían ahí sino en las oficinas de la Secretaría de Educación del Estado, en la avenida Juárez, y que de todas maneras lo primero era conseguir en su escuela la constancia de servicios actualizada, sin la cual ningún otro trámite tenía sentido.

Herminio salió del edificio con la constancia de servicios como primer objetivo y con la intuición, todavía vaga pero ya instalada, de que esto iba a ser más complicado de lo que había imaginado.

No se equivocó.

Aurelio Briones llevaba tres años jubilado y tenía la mirada particular de los que han atravesado algo difícil y han llegado al otro lado con suficiente distancia para hablar de ello sin amargura excesiva, aunque tampoco sin edulcorarlo. Era profesor de Matemáticas, había dado clases en la Justo Sierra durante veintiséis años, y desde su jubilación venía a la escuela de vez en cuando, sin una razón específica, como quien visita un lugar que fue importante aunque ya no lo sea de la misma manera. Herminio lo encontró ese mismo martes a la hora del recreo, sentado en una de las bancas del patio con un café de termo que se parecía sospechosamente al suyo.

—¿Ya empezaste con los papeles? —le preguntó Aurelio en cuanto Herminio se sentó a su lado, como si lo hubiera estado esperando para tener esa conversación específica.

—Esta mañana fui al ISSSTE.

Aurelio hizo el gesto de alguien que reconoce un territorio conocido.

—¿Y?

—Me mandaron a Educación del Estado. Primero necesito la constancia de servicios.

—Correcto. Y cuando tengas la constancia de servicios, te van a pedir el historial de cotizaciones. Y cuando tengas el historial de cotizaciones, van a encontrar que hay un período, probablemente entre tu séptimo y tu décimo año de servicio, en que los registros no están completos, porque en esos años el sistema era manual y los datos se perdieron o se capturaron mal. Y

entonces vas a tener que ir al archivo general de la Secretaría a buscar los nombramientos originales de esos años, que si tienes suerte están en el expediente y si no los tienes que solicitar por oficio con treinta días hábiles de anticipación.

Herminio lo miró.

—¿Cómo sabes que hay un período con registros incompletos?

—Porque todos los tienen —dijo Aurelio con una serenidad que venía de la experiencia—. Todos. Es la regla, no la excepción. El sistema de captura de los noventa era un desastre y nadie lo corrigió después. Te lo digo para que no te sorprendas cuando te lo digan, porque el momento en que te lo dicen, si no estás preparado, es el momento en que más ganas dan de tirar todo a la basura y olvidarse del asunto.

—¿Y cuánto tiempo tomó todo, en tu caso?

Aurelio bebió su café antes de responder.

—Dieciséis meses.

Herminio no dijo nada durante un momento.

—Dieciséis meses —repitió al fin, como si necesitara escucharlo en su propia voz para creerlo.

—Y eso que me fue relativamente bien. Conozco casos de dos años. Conozco uno de casi tres, aunque en ese había un problema con el reconocimiento de años de servicio en otro estado que complicó todo de manera particular.

El patio de la preparatoria tenía ese ruido de siempre, alumnos y conversaciones y alguien jugando fútbol contra la pared del fondo con una pelota de plástico que hacía un sonido hueco cada vez que pegaba en el muro. Herminio lo escuchó un momento sin prestarle atención real.

—¿Por qué nadie avisa de esto antes? —dijo, y no era exactamente una pregunta sino algo más parecido a una reflexión en voz alta, de esas que uno hace cuando descubre que estuvo esperando algo que resultó ser diferente de lo imaginado.

—Porque nadie quiere pensar en eso hasta que ya no queda de otra —dijo Aurelio—. Y cuando ya no queda de otra, ya es demasiado tarde para empezar tranquilo. Deberías haber iniciado esto hace dos años, Herminio. Pero ya que estamos aquí, lo que sigue es ser sistemático, paciente, y no desesperarse con los plazos.

La constancia de servicios le tomó tres semanas. No porque el trámite fuera complicado en sí mismo sino porque el departamento de recursos humanos de la Secretaría de Educación tenía un rezago de solicitudes que nadie le había mencionado cuando fue a pedirla, y el funcionario que lo atendió le explicó, con la amabilidad profesional de quien ha dado esa explicación muchas veces, que el plazo normal era de quince días hábiles pero que en este momento, dadas las circunstancias, era más realista contar con veinte o veinticinco.

Herminio contó veintiún días hábiles y volvió. La constancia estaba lista. La leyó de pie en la ventanilla con la atención del que revisa un documento importante y encontró, en el renglón correspondiente a los años de servicio reconocidos, un número que no coincidía con el que él tenía en la cabeza. Faltaban dos años.

—Hay un error —le dijo al funcionario.

El funcionario revisó la pantalla de su computadora.

—No aparece error en el sistema.

—Los años no están completos. Según esto tengo treinta años de servicio, pero son treinta y dos.

El funcionario escribió algo, esperó, escribió algo más.

—Hay un período entre mil novecientos noventa y ocho y dos mil en que los registros están incompletos. Para acreditar esos años necesita presentar los nombramientos originales o una carta de la dirección escolar con los datos correspondientes.

Aurelio había tenido razón en todo.

Los nombramientos originales de mil novecientos noventa y ocho y mil novecientos noventa y nueve estaban, con una fortuna que Herminio agradeció sin aspavientos, en el archivo de la dirección de la Preparatoria Justo Sierra, en una carpeta de cartón verde que nadie había abierto en años y que olía al papel viejo de los documentos que sobreviven por indiferencia más que por cuidado. La directora, la profesora Guadalupe Vargas, los encontró personalmente después de media hora de búsqueda en el archivo del sótano, y se los entregó con una expresión que mezclaba satisfacción por haberlos hallado y algo que se parecía a la vergüenza institucional de quien sabe que esos papeles deberían estar digitalizados y accesibles desde hace una década.

—Qué bueno que no los tiraron —dijo Herminio, sosteniéndolos con más cuidado del estrictamente necesario.

—En esta escuela no tiramos nada —dijo la directora, y no estaba claro si era un elogio o una queja.

Con los nombramientos en mano, Herminio volvió a la ventanilla de recursos humanos de la Secretaría. Presentó los documentos. El funcionario los revisó, los escaneó, escribió durante varios minutos en su computadora y finalmente le dijo que el sistema tardaría entre diez y quince días hábiles en actualizar el registro y que entonces podría solicitar una nueva constancia de servicios con los años corregidos.

Herminio agradeció, salió a la calle y caminó hasta el parque de San Francisco, que quedaba a tres cuadras, y se sentó en una banca bajo un árbol sin pensar en nada particular durante un rato que no supo calcular con exactitud. No era desesperación. No era exactamente frustración. Era algo más parecido a la fatiga de quien descubre que el camino es más largo de lo que el mapa indicaba y que sin embargo no hay otro camino disponible, de modo que lo único razonable es seguir caminando.

Lo que le costaba no era el tiempo ni los papeles en sí mismos. Lo que le costaba era la sensación, nueva para él, de no tener el control de los tiempos. En la preparatoria, en el salón de clases, Herminio siempre había sido el que organizaba, el que determinaba el ritmo, el que sabía qué venía después. Aquí era distinto. Aquí los tiempos los determinaba otro, un sistema abstracto e impersonal que no tenía cara ni nombre y que avanzaba con la indiferencia de las cosas que no saben que alguien las está esperando.

Ese era, pensó mientras miraba las palomas caminar por el empedrado del parque, uno de los aprendizajes más incómodos del proceso. No ser el que decide el ritmo. Esperar.

En casa, esa tarde, Celia lo escuchó contar todo con la atención de siempre, sentada en el sillón de la sala con las manos cruzadas en el regazo, el temblor apenas perceptible ese día, lo que era buena señal.

—Dieciséis meses —repitió ella cuando Herminio terminó, igual que él lo había repetido al escuchárselo a Aurelio.

—Eso dice Briones. En su caso.

—¿Y cuánto crees tú?

—No sé. Si los papeles de los dos años faltantes quedan resueltos sin más problema, quizás menos. Pero Aurelio dice que siempre aparece algo.

Celia miró hacia la ventana un momento.

—¿Y mientras?

—Mientras sigo dando clases, que es lo que tenía planeado de todas maneras hasta enero. El problema es lo que viene después de enero si el trámite no está terminado.

—¿Puedes seguir dando clases aunque ya hayas pedido la jubilación?

—Según Aurelio, sí. Hasta que el proceso concluya formalmente, técnicamente sigues siendo empleado activo. Pero no quiero seguir dando clases después de enero. —Hizo una pausa—. No de esa manera.

Celia entendió sin necesidad de más explicación, porque era buena entendiendo las cosas que Herminio decía a medias. No quería seguir dando clases como el que ya decidió irse y no terminan de dejarlo ir. No quería que la jubilación fuera un proceso de desprendimiento prolongado que se extendiera más allá de lo que él había decidido que debía extenderse.

—Entonces hay que ser paciente —dijo ella.

—Entonces hay que ser paciente —repitió él, y sonó a cosa sabida de siempre que sin embargo cuesta trabajo aplicar cuando le toca a uno.

Esa noche, antes de dormir, Herminio abrió el cajón de su mesita de noche y sacó una libreta de pasta azul que había comprado específicamente para este proceso. Escribió la fecha en la primera página y debajo anotó, con la letra ordenada del que estuvo décadas poniendo calificaciones en listas de papel, el estado actual del trámite, los documentos conseguidos, los que faltaban, los plazos que le habían dado y los que él estimaba como más probables. Era

un hábito de maestro: poner por escrito lo que había que hacer era la única manera que conocía de no perderlo de vista.

Al final de la página escribió una sola línea que no era exactamente un recordatorio sino algo más parecido a una nota para sí mismo: *Esto también se aprende*.

Cerró la libreta, apagó la luz y escuchó la respiración de Celia en la oscuridad, acompasada y tranquila, hasta que se quedó dormido.

CAPÍTULO 3

Los otros

Herminio había desarrollado, sin proponérselo deliberadamente, el hábito de observar a los jubilados. No como ejercicio intelectual ni como preparación consciente para lo que se le venía encima, sino con esa atención involuntaria que uno presta a las cosas que de pronto le conciernen de una manera que antes no le concernían. Era como cuando Celia recibió el diagnóstico y de repente Herminio empezó a notar en todas partes personas con temblor en las manos, personas que caminaban con el paso corto y cauteloso del parkinsoniano, personas que sostenían sus tazas con las dos manos en los cafés y en los mercados y en las salas de espera de los médicos, y se preguntó cómo era posible que antes no los hubiera visto, si siempre habían estado ahí.

Con los jubilados ocurría algo parecido. Ahora los veía en todas partes, y lo que veía no era uniforme ni tranquilizador. Era, más bien, la muestra de un universo de posibilidades que iba desde lo que él más temía hasta lo que más esperaba, con toda la gama de variantes intermedias que la vida real siempre tiene y que las versiones simplificadas de las cosas tienden a omitir.

El profesor Mondragón había sido, durante veintitrés años, uno de los maestros de Español más respetados de la Preparatoria Justo Sierra. Herminio lo recordaba con la imagen que tenía de él en los pasillos: un hombre de presencia, con voz de orador y ese tipo de autoridad natural que no se aprende ni se finge. Se había jubilado cinco años atrás, a los sesenta y un años, con una fiesta que llenó la sala de maestros y discursos que mencionaron su legado con la solemnidad apropiada para la ocasión.

Lo que vino después nadie lo mencionó en ningún discurso.

Herminio se había enterado por fragmentos, a lo largo del tiempo, con la manera en que se enteraba uno de las cosas que ocurren fuera de la vista: un comentario de la profesora Torres en la sala de maestros, algo que dijo Aurelio una tarde en el patio, una conversación con la hija del propio Mondragón que daba clases en la primaria de enfrente y que a veces coincidía con Herminio en la panadería de la esquina. El profesor Mondragón, después de la jubilación, había dejado de salir. No de manera dramática ni repentina, sino con la gradualidad de quien va reduciendo su mundo sin darse cuenta de que lo está reduciendo, primero dejando de ir a los eventos sociales a los que siempre había ido, luego dejando de ver a los amigos con la frecuencia de antes, luego quedándose en casa los días en que antes habría salido a

caminar, hasta que el sillón frente al televisor se convirtió en el centro de una vida que había encogido hasta los límites del departamento y de la programación de cable.

Su esposa, doña Esperanza, había sido durante un tiempo la que llamaba a los conocidos para decirles que Gonzalo estaba bien, que solo estaba descansando, que había trabajado mucho y merecía tomárselo con calma. Pero con el tiempo esas llamadas se fueron espaciando, y el tono de doña Esperanza cuando contestaba el teléfono fue adquiriendo esa mezcla particular de cansancio y de preocupación contenida que tienen las personas que conviven con alguien que no está bien y que no saben cómo nombrarlo.

Fue el médico quien finalmente lo nombró. Depresión. Una palabra que el profesor Mondragón, formado en la cultura del hombre que se sostiene solo, recibió con resistencia primero y con alivio después, porque tener un nombre para lo que le pasaba era al menos mejor que seguir creyendo que simplemente era así como se sentía uno cuando la vida productiva terminaba y no quedaba nada que la reemplazara.

Herminio pensaba en Mondragón con más frecuencia de la que habría querido admitir. Lo pensaba como se piensa en un espejo posible, en una de las versiones del futuro que uno querría descartar pero que no puede descartar del todo porque sería deshonesto consigo mismo. Él también había construido una parte muy importante de su identidad sobre el trabajo. Él también era, en muchos sentidos que no siempre resultaban cómodos de examinar, el profesor Lafragua antes de ser cualquier otra cosa. ¿Qué quedaba cuando eso se iba? ¿Quién era Herminio Lafragua sin el salón 14 y los alumnos de quinto semestre y la libreta de calificaciones?

No tenía una respuesta clara todavía. Pero al menos, pensó, sabía que la pregunta existía. Mondragón, sospechaba, no había sabido hacérsela a tiempo.

La profesora Inés Castellanos era otro caso. Había dado clases de Biología durante veintiocho años en la Justo Sierra, y se había jubilado tres años atrás con la misma serenidad con que, según todos los que la conocían, hacía todo. Herminio no la había tratado mucho durante los años de trabajo compartido, más allá de la cortesía natural de los colegas, pero desde que supo que estaba en proceso de jubilación había empezado a prestarle más atención a las noticias que llegaban de ella a través de los canales informales de la escuela.

Lo que llegaba era consistentemente sorprendente.

Inés Castellanos había tomado clases de pintura al óleo el primer mes de su jubilación. No como terapia ni como pasatiempo de emergencia sino porque siempre había querido hacerlo y durante veintiocho años no había encontrado el tiempo. En el segundo mes había encontrado un taller de acuarela en el centro histórico que le gustó más que el óleo, y había cambiado sin culpa. En el tercer mes había hecho su primer viaje a Oaxaca, sola, para ver el trabajo de los artesanos de Teotitlán del Valle y visitar el Museo Tamayo, y había

vuelto con cuadernos llenos de bocetos y con una energía que, según la profesora Torres, que la había visto a su regreso, daba envidia sana.

Desde entonces viajaba a Oaxaca cada temporada. Había vendido dos cuadros en un mercado de arte del zócalo de Puebla. Tenía una cuenta en una red social donde publicaba sus trabajos y que seguían, según ella misma había contado en una visita a la escuela, más de ochocientas personas, número que a Herminio le parecía al mismo tiempo improbable y completamente creíble tratándose de ella.

Lo que Herminio encontraba más notable de Inés Castellanos no era el talento ni la productividad ni los ochocientos seguidores. Era la impresión, que le llegaba a través de los relatos de segunda mano con los que había tenido que conformarse, de que ella no había encontrado algo nuevo al jubilarse sino que había recuperado algo que siempre había sido suyo y que el trabajo, con toda su legitimidad y su importancia, había mantenido en espera durante casi tres décadas. Como si la jubilación hubiera sido, para Inés, no un final sino una restitución.

Eso era lo que Herminio quería entender: si era posible llegar a ese lugar, y si era posible, cómo se llegaba.

El señor Fuentes era diferente a los dos anteriores en casi todo. No era maestro: había trabajado durante treinta y cinco años como administrativo en la delegación municipal, llevando registros y firmando papeles y atendiendo al público con la paciencia del que aprendió que la paciencia es una herramienta de trabajo tan importante como cualquier otra. Se había jubilado cuatro años atrás, el mismo año en que murió su esposa de un infarto que no dio tiempo a preparar ni a despedir. Los dos eventos, la jubilación y la viudez, habían ocurrido con tres meses de diferencia, y el señor Fuentes había quedado, según lo describía él mismo cuando hablaba de ese período, como un hombre al que le habían quitado las dos razones principales para levantarse por la mañana en el mismo trimestre.

Herminio lo conocía porque vivía en el mismo edificio, dos pisos arriba, y porque se encontraban con la frecuencia que se encuentran los vecinos que comparten escaleras y a veces buzón de correo y pocas veces conversación real. Pero desde que Herminio había empezado a pensar en la jubilación con la concreción de lo inminente, las conversaciones con el señor Fuentes habían adquirido una densidad diferente.

Lo que el señor Fuentes había hecho con sus dos pérdidas simultáneas era, en opinión de Herminio, uno de los actos más discretamente heroicos que había presenciado de cerca. No había pedido ayuda, porque no era hombre de pedir ayuda, pero había encontrado la manera de seguir. Primero había sido la rutina mecánica de los primeros meses, levantarse y comer y dormir por inercia biológica más que por voluntad. Luego había sido el jardín de macetas en el balcón del séptimo piso, que empezó con dos tiestos de geranios y que en tres años había crecido hasta convertirse en algo que los vecinos miraban con admiración cuando pasaban por la calle. Luego había sido el dominó, los martes por la tarde en el café del centro con tres hombres de su generación que también tenían sus propias historias de pérdida y de recomposición. Y

últimamente había sido la novela policiaca: el señor Fuentes había descubierto a los setenta y dos años que le gustaban las novelas policiacas con una pasión que describía con una seriedad que a Herminio le producía una ternura que procuraba no demostrar demasiado.

—¿Y cómo supo que le iban a gustar? —le había preguntado Herminio una tarde en las escaleras.

—No supe —dijo el señor Fuentes—. Agarré una que dejó alguien en la sala de espera del médico porque no tenía nada más que hacer mientras esperaba. Y ya.

El señor Fuentes no era un hombre feliz en el sentido sencillo de la palabra. Todavía había días en que la ausencia de su esposa tenía un peso físico que se le notaba en los hombros y en el paso. Pero era un hombre que había encontrado la manera de seguir siendo alguien, de tener razones concretas para el martes y para el miércoles y para el domingo por la mañana, y eso, Herminio había llegado a entender, no era poca cosa. Era, de hecho, bastante.

Los tres, Mondragón y Inés y el señor Fuentes, eran los vértices de un triángulo dentro del cual Herminio intuía que se ubicaría su propio destino, aunque no supiera todavía en qué punto exacto. El que se hundió porque no encontró nada que reemplazara lo que perdió. La que floreció porque tenía guardado algo propio que el trabajo había mantenido en espera. El que sobrevivió porque encontró, tarde y a tientas, las razones pequeñas que son a veces las únicas disponibles.

Ninguno de los tres había elegido deliberadamente su destino. Los tres habían llegado a él por una combinación de lo que eran, de lo que tenían, y de lo que la vida había puesto o quitado en el momento menos calculado. Y ninguno de ellos, pensó Herminio una tarde de noviembre mientras caminaba por el pasillo de la preparatoria hacia el salón 14, le servía exactamente como modelo, porque él no era ninguno de los tres. Era él, Herminio Lafragua, con su propia historia y su propia manera de ser en el mundo y con Celia esperándolo en casa con el temblor de siempre y la cena casi lista y la mirada que lo veía con más claridad que ningún otro espejo.

Lo que sí podía hacer, entendió, era aprender de los tres. De Mondragón aprender la pregunta que había que hacerse a tiempo. De Inés aprender que la jubilación podía ser una restitución y no solo una pérdida. Del señor Fuentes aprender que las razones pequeñas, los geranios y el dominó y la novela policiaca encontrada en una sala de espera, podían ser suficientes cuando las grandes ya no estaban disponibles.

No era un plan. Era apenas el esbozo de una orientación. Pero era más de lo que había tenido cuando empezó el último septiembre, y eso, por el momento, tendría que ser suficiente.

CAPÍTULO 4

Celia

Había una fotografía en el buró de Herminio que llevaba ahí tantos años que ya casi no la veía. Era de su boda, tomada afuera de la iglesia de San Francisco por un fotógrafo contratado que cobró lo que entonces les pareció mucho y que en retrospectiva había sido una de las mejores inversiones de su vida. En la fotografía, Celia tenía veintiséis años y llevaba un vestido blanco sencillo que ella misma había elegido contra la opinión de su madre, que quería algo más elaborado. Herminio tenía veinticinco y una corbata azul marino que todavía conservaba en algún cajón, aunque hacía décadas que no la usaba. Los dos miraban a la cámara con la expresión particular de los recién casados que están felices y también un poco asustados, aunque en la fotografía el asustado era más él que ella, porque Celia había tenido desde siempre una claridad sobre las cosas importantes que Herminio había tardado más años de los necesarios en desarrollar.

Llevaban treinta y ocho años casados. Herminio lo pensaba a veces con algo parecido al asombro, no porque le pareciera mucho tiempo sino porque le parecía al mismo tiempo mucho y poco, dependiendo del ángulo desde el que se mirara. Mucho cuando pensaba en todo lo que había ocurrido dentro de esos treinta y ocho años: dos hijos, cuatro casas o departamentos contando los primeros años de escasez relativa, la muerte de los padres de los dos, los viajes que habían podido hacer y los que no, las crisis pequeñas y las grandes, las noches en que alguno de los dos no había dormido y el otro lo sabía sin que hiciera falta decirlo. Poco cuando pensaba en cómo se sentía: como si hubiera empezado no hace treinta y ocho años sino en algún momento sin fecha precisa que era simplemente el momento en que la vida había adquirido la forma que tenía ahora.

Herminio no era hombre de grandes declaraciones. No lo había sido nunca, y Celia lo sabía desde antes de casarse y lo había aceptado no como defecto sino como característica, con la misma practicidad con que había aceptado sus otros rasgos permanentes: la costumbre de leer en la cama hasta tarde, la dificultad para llegar puntual a los eventos sociales, la tendencia a guardar silencio cuando estaba pensando en algo que todavía no tenía forma de palabras. Lo que Herminio le había dado en cambio era constancia. Había estado ahí, todos los días, de una manera que no requería ser anunciada porque simplemente era. Y Celia, que era más expresiva que él en casi todo lo demás, había sabido siempre reconocer esa constancia como la forma que tenía él de quererla, que no era la forma de las películas ni de las canciones pero que era real y sostenida y no fallaba.

La conoció en la Facultad de Ciencias de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, en el tercer año de carrera, en una clase de Ecología que los dos llevaban por razones distintas: ella porque era su especialidad y él porque necesitaba una materia optativa y esa tenía horario conveniente. No fue un encuentro dramático. Fue simplemente que un día el profesor formó equipos de trabajo para un proyecto de campo y pusieron a Herminio con Celia y con otros dos estudiantes cuyos nombres él ya no recordaba, y que durante las semanas que duró el proyecto Herminio descubrió que Celia tenía una manera de pensar que le resultaba, sin que supiera explicarlo con exactitud, más

interesante que cualquier otra cosa que estuviera ocurriendo en su vida en ese momento.

No era que fuera la más brillante del grupo, aunque era muy competente. Era que tenía una honestidad en la manera de ver las cosas que Herminio encontraba refrescante y a veces incómoda, porque la honestidad de Celia no hacía excepciones ni concesiones sentimentales. Cuando algo estaba mal, lo decía. Cuando algo no tenía sentido, lo señalaba. Y cuando algo era bueno, lo reconocía con la misma claridad, sin exagerar, sin adornar, con la sobriedad de quien sabe que las cosas no necesitan más de lo que son para ser lo que son.

Herminio tardó varios meses en decirle lo que sentía, porque era de los que tardaban, como ella había dicho tantos años después en la cocina. Cuando por fin lo dijo, Celia lo escuchó, lo pensó un momento con esa concentración que ponía en las cosas importantes, y le dijo que sí, que a ella también le pasaba algo parecido, y que le parecía que podían intentarlo.

Esa fue la declaración de amor más austera que Herminio había escuchado en su vida, y también la que más le había gustado.

El Parkinson llegó cuatro años atrás con la discreción traicionera que tienen las enfermedades que empiezan despacio. Celia notó primero el temblor, en la mano derecha, durante una reunión de trabajo en la universidad donde había dado clases de Biología durante veintidós años antes de retirarse. Lo notó y no dijo nada durante dos semanas, porque Celia procesaba las cosas sola antes de compartirlas, que era otro de sus rasgos permanentes. Cuando se lo dijo a Herminio fue de noche, en la cama, con la calma de quien ha tenido tiempo de llegar a una primera forma de paz con la noticia antes de darla.

—Voy a ir al neurólogo —dijo—. Creo que tengo algo en la mano derecha que hay que revisar.

Herminio la miró en la oscuridad.

—¿Desde cuándo?

—Unas semanas.

—¿Por qué no me dijiste antes?

—Porque primero quería pensarlo yo.

Eso era Celia. Herminio lo sabía y sin embargo le costó trabajo, esa noche y las siguientes, no sentir que había algo en ese silencio previo que lo excluía de algo que le concernía tanto como a ella. Lo trabajó solo, como ella había trabajado la noticia, y llegó a entender que no era exclusión sino simplemente su manera: necesitaba tener algo digerido antes de poder compartirlo, porque compartirlo antes de tiempo, para Celia, era como entregar un texto sin terminar.

El neurólogo confirmó el diagnóstico en noviembre de ese año. Enfermedad de Parkinson, estadio inicial, con el pronóstico honesto que Herminio había pedido expresamente: progresiva, manejable durante un período que podía ser largo si se seguía el tratamiento, con una evolución que variaba entre

personas pero que en términos generales significaba una pérdida gradual de funciones motoras que con el tiempo requeriría apoyo creciente.

Herminio escuchó todo eso sentado junto a Celia frente al escritorio del médico, tomándole la mano, y cuando salieron a la calle en el frío de noviembre de Puebla no dijeron nada durante una cuadra entera. Luego Celia dijo:

—Bueno.

Y Herminio entendió que ese bueno no era resignación sino algo más parecido a una decisión: la de no dejar que el diagnóstico ocupara más espacio del que merecía, por lo menos de momento, por lo menos mientras hubiera otras cosas que también ocupaban espacio y que también merecían atención.

En cuatro años, Herminio había aprendido cosas que no estaban en ningún libro y que nadie le había enseñado. Había aprendido a preparar la medicación a las horas exactas, porque la irregularidad en los horarios empeoraba los síntomas y Celia, que siempre había sido más organizada que él, ahora dependía de esa organización que antes manejaba sola. Había aprendido a leer el temblor como un termómetro: ligero significaba un día bueno, moderado significaba un día en que habría que tener paciencia con las cosas que tomaban más tiempo de lo habitual, pronunciado significaba un día en que lo mejor era reorganizar los planes sin hacer drama al respecto. Había aprendido que había mañanas en que Celia necesitaba ayuda para abrocharse la blusa y que la manera correcta de ofrecerla era sin preguntarlo, simplemente estando ahí con las manos disponibles, porque preguntar convertía el momento en algo que requería respuesta y responder requería reconocer en voz alta lo que los dos ya sabían, y eso algunas mañanas costaba más trabajo que otras.

Había aprendido también, y esto le había tomado más tiempo, que cuidar a alguien no era lo mismo que resolver los problemas de alguien. Que Celia no quería que Herminio resolviera el Parkinson, que de todas maneras no podía resolverse, sino que estuviera presente de una manera que no convirtiera cada momento difícil en una emergencia ni cada limitación en una tragedia. Que lo que ella necesitaba no era lástima, que rechazaba con una firmeza que Herminio respetaba profundamente, sino compañía. La compañía específica de alguien que la conocía desde hacía treinta y ocho años y que podía estar ahí sin explicaciones ni protocolos, simplemente porque era el lugar donde debía estar.

Eso era lo que Herminio intentaba dar. No siempre lo lograba con la naturalidad que habría querido, porque había días en que el miedo a lo que vendría se instalaba en algún lugar del pecho y desde ahí teñía todo con una angustia que procuraba no dejar salir pero que Celia detectaba de todas maneras, porque Celia lo detectaba todo.

—Estás pensando demasiado —le decía ella esos días.

—¿En qué se nota?

—En todo.

Y Herminio intentaba dejar de pensar tanto, con el éxito relativo que tiene siempre el intento de dejar de pensar en algo por decisión voluntaria.

Lo que nadie que no hubiera vivido algo parecido podría entender del todo, pensaba Herminio algunas noches mientras Celia dormía y él se quedaba despierto con la oscuridad del cuarto y el ruido lejano de la ciudad, era que cuidar a alguien enfermo también tenía sus momentos de gracia. No de manera sentimental ni de la manera en que las películas representan el amor en la enfermedad, con música y luz dorada y palabras que nadie dice en realidad. Sino de una manera más quieta y más verdadera: la gracia de la taza de té preparada exactamente como a ella le gustaba, sin que hiciera falta pedirla. La gracia de encontrar la postura en que el temblor molestaba menos para ver la televisión juntos por la noche. La gracia de los silencios que no necesitaban ser llenados porque llevaban treinta y ocho años aprendiendo a habitarlos.

Y había algo más, algo que Herminio no habría sabido decir en voz alta sin que sonara a más de lo que podía sostener: la certeza de que estar ahí, en esa casa, con esa mujer y su temblor y su claridad y su manera de decirle la verdad a media frase, era exactamente donde debía estar. Que todo lo que había hecho en treinta y dos años de salones y listas de calificaciones y trámites burocráticos y papeles incompletos tenía sentido en parte porque había esta casa y esta mujer esperándolo al final de cada día. Que la jubilación, con todo lo que le quitaba, no le quitaba eso. Todavía no.

La fotografía del buró seguía ahí. Celia con su vestido sencillo y su expresión de quien sabe lo que quiere. Herminio con su corbata azul marino y su expresión de quien todavía está aprendiendo.

Treinta y ocho años después, pensó, seguía siendo más o menos la misma historia.

CAPÍTULO 5

El último día de clases

Herminio no había planeado que fuera especial.

Lo había pensado muchas veces a lo largo del semestre, en los momentos en que la conciencia de que era el último grupo y el último ciclo se instalaba con más claridad que de costumbre, y había llegado siempre a la misma conclusión: que lo más honesto era terminarlo como había terminado todos los anteriores, sin ceremonias inventadas, sin discursos de despedida que convirtieran el último día en algo distinto a lo que había sido siempre, que era simplemente un día de clases.

Herminio tenía una desconfianza antigua y razonada hacia los finales grandilocuentes. Le parecían una manera de pedirle al momento más de lo que el momento podía dar, y casi siempre terminaban decepcionando a todos los involucrados, incluido el que los protagonizaba. Los grandes finales, había aprendido en treinta y dos años de observar cómo terminan las cosas, raramente estaban a la altura de la vida que los precedía. La vida buena no necesitaba un final extraordinario para haber sido buena.

De modo que se levantó ese viernes de enero exactamente a la misma hora de siempre, preparó el café en el mismo termo de siempre, revisó el material de la última clase con la meticulosidad de siempre, y salió al mismo paso de siempre por la calle de Los Pilares hacia la Preparatoria Justo Sierra. Celia lo vio salir desde la sala con el libro en el regazo y no dijo nada especial porque no había nada especial que decir que no estuviera ya dicho entre los dos, que era una de las ventajas y una de las gracias de treinta y ocho años de matrimonio.

La mañana de enero en Puebla tenía ese frío seco de fin de temporada que ya anuncia sin declararlo que el invierno está terminando. Herminio caminó por la calle Reforma con las manos en los bolsillos del abrigo y el termo bajo el brazo y el portafolio de cuero café en la mano derecha, y notó el trayecto con la misma atención nueva que había desarrollado desde el primer día del último septiembre, esa conciencia de estar registrando algo antes de que termine.

Las banquetas irregulares que conocía de memoria y que sin embargo encontraba nuevas cada vez que las miraba con cuidado. La panadería de la esquina de la calle 4 que olía a pan dulce a esa hora con una constancia que no había fallado en treinta y dos años de pasar por ahí. El árbol de la acera de enfrente de la preparatoria que en enero estaba pelado y que en mayo estaría lleno y que él ya no iba a ver en mayo desde esta banqueta con este propósito.

Entró por la puerta principal y el guardia de siempre, don Refugio, que llevaba en esa puerta casi tantos años como él, lo saludó con el gesto de siempre. Herminio le devolvió el saludo y siguió hacia el pasillo del primer piso, y el olor lo recibió como siempre lo había recibido: esa mezcla específica del edificio escolar en enero, más seca que la de septiembre, con el polvo de gis acumulado en meses de trabajo y el piso recién trapeado y algo indefinible que tienen los espacios donde mucha gente joven pasa muchas horas y que no puede reducirse a ningún componente particular sino que es la suma de todos.

Era el último día que ese olor iba a recibirlo de esa manera. Lo pensó y lo dejó estar, sin dramatizarlo, como había aprendido a hacer con las cosas que no convenía dramatizar.

El salón 14 estaba al fondo del pasillo, puerta de madera con el número pintado en blanco, la misma puerta desde hacía veinte años aunque el número había sido repintado tres veces y el color había variado levemente en cada repintada. Herminio llegó a las siete y tres minutos, que era su hora habitual con el margen habitual de impuntualidad que sus alumnos conocían y que él nunca había llegado a corregir del todo a pesar de los años de intentarlo, y abrió la puerta con la llave y entró.

Los treinta y cuatro alumnos del quinto semestre estaban ahí.

Todos.

Herminio lo notó en el segundo en que entró, antes de contar, con esa capacidad de leer una sala que treinta y dos años de docencia le habían dado

sin que nadie se la enseñara formalmente: la sala llena tiene un tipo de ruido y una densidad particulares que la sala semivacía no tiene. Los últimos días antes de los exámenes finales, los grupos siempre se reducían. Había llegado a tener ocho alumnos en un último día de clase, años atrás, y lo había tomado con la filosofía pragmática del maestro que entiende que la asistencia voluntaria es información sobre el grupo. Treinta y cuatro sobre treinta y cuatro era una anomalía que Herminio registró sin interpretarla todavía.

Puso el portafolio sobre el escritorio, sacó los papeles de la última clase con los movimientos automáticos de siempre, y empezó.

Había preparado un repaso de síntesis, que era lo que siempre hacía en el último día: no un resumen mecánico de los temas vistos sino un recorrido que mostraba las conexiones, el hilo que unía lo que al principio del semestre parecían eventos dispersos y que al final resultaban ser partes de un mismo movimiento largo. Era lo que más le gustaba hacer como maestro, mostrar el hilo, y sabía que era bueno en eso con la modestia honesta del que reconoce sus competencias sin inflarlas ni ocultarlas.

Habló de la Revolución Mexicana y de cómo sus promesas incumplidas habían configurado la política del siglo veinte. Habló de la Reforma Agraria y de sus límites reales y de por qué esos límites explicaban cosas que todavía ocurrían en el México de ahora. Habló de la relación entre historia y presente con la convicción de siempre, que era que entender el pasado no era un ejercicio académico sino una herramienta para no repetirlo ni para fingir que no ocurrió.

Los alumnos escuchaban. Eso también lo notó Herminio, con la atención del que lleva treinta y dos años leyendo grupos: escuchaban de una manera diferente a la habitual, con una concentración que tenía algo de deliberado, como si hubieran decidido esa mañana prestar una atención particular que en otros días no habían prestado siempre. Varios tomaban notas con más cuidado del que tomaban habitualmente. Nadie miraba el teléfono.

Fue a los veinte minutos, en mitad de una explicación sobre los procesos agrarios del Cardenismo, cuando notó lo otro. Una quietud en el grupo que no era la quietud de la atención sino algo diferente, más cargado, con una tensión subyacente que Herminio reconoció sin saber todavía de dónde venía. Varios alumnos intercambiaban miradas que él interceptó. Valentina, la chica de la tercera fila que había sido de las más participativas del semestre y que tenía esa manera directa de preguntar que Herminio siempre había agradecido, tenía una expresión que en treinta y dos años de leer caras de alumnos identificó sin dificultad: la de alguien que sabe algo que el otro no sabe y que está a punto de no poder seguir conteniéndolo.

Se detuvo a mitad de la oración.

—¿Qué pasa? —dijo.

El silencio que siguió duró dos segundos exactos. Luego Valentina se puso de pie con la torpeza encantadora de quien hace algo por primera vez y no está segura de hacerlo bien, y dijo con voz que intentaba ser firme y que lo era casi del todo:

—Profesor, nos enteramos de que este es su último ciclo.

Herminio la miró. Luego miró al grupo, los treinta y cuatro, que lo miraban de vuelta con esa expresión colectiva que los grupos tienen cuando han hecho algo juntos y están esperando ver cómo es recibido.

—¿Quién les dijo?

—La profe Torres —dijo una voz desde el fondo, y hubo una risa breve y nerviosa que recorrió el salón como una ola pequeña y se apagó sola antes de llegar a la pared del fondo.

Herminio asintió despacio. La profesora Torres llevaba veinticinco años en la Justo Sierra y era, entre otras cosas, el sistema de información más eficiente y menos discreto que había conocido en su vida profesional, y en ese momento le agradeció ambas cualidades.

Valentina sacó una hoja doblada del cuaderno y la sostuvo con las dos manos con la concentración de quien se prepara para algo que ensayó pero que en el momento real se siente diferente al ensayo. La desplegó, la miró un segundo, y empezó a leer con una voz que al principio temblaba levemente y que fue encontrando su estabilidad párrafo a párrafo.

Lo que leyó no eran palabras extraordinarias. Eran las palabras que escriben los jóvenes de dieciséis y diecisiete años cuando quieren decir algo verdadero y no han aprendido todavía a protegerse de esa verdad con la ironía defensiva que el mundo adulto suele exigir como condición de ingreso. Que en este salón la Historia había dejado de ser una colección de fechas y había empezado a ser algo que tenía que ver con ellos. Que había algo en la manera en que el profesor Lafragua explicaba las cosas, una seriedad que no era aburrida sino que los tomaba en serio a ellos también, que les había parecido diferente a lo que esperaban cuando entraron al semestre. Que iban a recordar esto. Que querían decírselo antes de que fuera demasiado tarde para decírselo.

Herminio escuchó todo eso de pie frente al pizarrón con las manos cruzadas delante de él, en el gesto que tenía cuando no sabía exactamente qué hacer con las manos, y sintió algo que no esperaba sentir con esa claridad y que no supo nombrar en el momento pero que reconoció: el peso específico de ser visto por alguien que uno no sabía que lo estaba mirando.

Cuando Valentina terminó de leer hubo un silencio de tres segundos que nadie interrumpió porque nadie quiso interrumpirlo.

Luego Daniel se puso de pie. Daniel era el chico que había pasado las primeras semanas del semestre mirando el teléfono con disimulo, con esa expresión de fastidio programado que algunos jóvenes usan como armadura, y que en algún punto de octubre había dejado de hacerlo sin que Herminio pudiera identificar el momento exacto del cambio, que era como siempre ocurrían los cambios reales: sin anuncio y sin ceremonia. Se acercó al escritorio con una maceta de barro pequeña, con una planta que Herminio no supo identificar de inmediato pero que tenía el aspecto saludable de algo bien cuidado, y se la extendió con los brazos rectos de quien entrega algo que le importa y no quiere que se le note demasiado que le importa.

—Para que tenga algo vivo en su casa, profe —dijo, con la economía verbal de los que no están cómodos con los discursos pero que en ese momento dijeron exactamente lo que había que decir.

Hubo aplausos. No los aplausos de protocolo de los eventos institucionales sino los aplausos de treinta y cuatro personas de dieciséis y diecisiete años que están siendo genuinas, que es una cosa diferente y que se reconoce de inmediato.

Herminio recibió la maceta con las dos manos. La miró un momento. Miró a Daniel, que ya estaba volviendo a su lugar con la rapidez del que cumplió su parte y prefiere no prolongar la exposición. Miró al grupo, los treinta y cuatro, con esa mirada que en treinta y dos años había aprendido a dar y recibir en ese espacio particular que era un salón de clases y que no se reproducía exactamente en ningún otro lugar del mundo.

Notó, con una claridad que no esperaba, que no iba a poder hablar durante unos segundos.

Esperó esos segundos con la paciencia del que sabe que hay momentos que necesitan su tiempo y que apresurarse en ellos es una descortesía hacia lo que el momento contiene.

Luego dijo, con la voz que pudo:

—Gracias.

Y luego, porque era maestro y porque quedaban cuarenta minutos de clase y porque esa era la única manera que conocía de honrar lo que acababa de recibir, que era tratarlo con la misma seriedad con que había tratado todo lo anterior:

—Sigamos con el Cardenismo.

Hubo otra risa, más cálida que la anterior, y el salón volvió a ser un salón, que era lo que debía ser, y Herminio siguió con la clase hasta las ocho y cincuenta que era la hora de siempre, y cuando sonó el timbre los alumnos salieron con el ruido de siempre y Herminio se quedó solo en el salón 14 un momento, con la maceta de barro sobre el escritorio y el reconocimiento que la directora le iba a entregar más tarde todavía sin entregar, y miró el pizarrón con las notas del último repaso y la puerta por donde habían salido los últimos alumnos que iba a tener, y no hizo nada en particular durante ese momento salvo estar ahí, que era lo que el momento pedía.

La comida fue en el restaurante La Casita del centro, que la profesora Torres había elegido con la autoridad tácita que ejercía sobre estas cosas y que nadie le disputaba porque sus elecciones eran invariablemente correctas. Fueron doce colegas, los que podían a esa hora de un viernes sin compromisos institucionales que los retuvieran, y la mesa tuvo desde el principio ese tono particular de las reuniones de personas que han compartido muchos años en los mismos pasillos y que saben, sin necesidad de declararlo, que lo que los une es más que el trabajo aunque el trabajo haya sido el territorio donde se construyó.

Hablaron de cosas de siempre: los grupos difíciles del semestre, los cambios en los programas que nadie terminaba de entender, el precio del estacionamiento frente a la escuela que llevaba años siendo un agravio colectivo. Hablaron de Herminio con el afecto de los que no son expertos en el afecto declarado pero que lo demuestran en la manera en que escuchan y en la manera en que ríen de las mismas cosas y en la manera en que le pasan el pan sin que él lo pida porque llevan años sabiendo que lo quiere con la comida.

La directora Guadalupe Vargas le entregó el reconocimiento enmarcado entre el primer plato y el segundo, con unas palabras breves que tenían la dignidad de lo que es sincero sin ser excesivo: treinta y dos años de servicio a la educación pública, a los jóvenes de Puebla, a esta escuela que llevaba el nombre del hombre que creyó que enseñar era un acto civilizatorio. Herminio lo recibió con la modestia de siempre y con una gratitud que era genuina aunque le costara trabajo demostrarla en público, que era un rasgo permanente que Celia le había señalado muchas veces con la mezcla de ternura e impaciencia que reservaba para sus rasgos más obstinados.

Aurelio Briones llegó cuando ya estaban en el café, con el sigilo del que sabe que llega tarde y no quiere hacer más ruido del necesario, y se sentó junto a Herminio sin decir nada sobre la hora. Le puso una mano en el hombro un momento, sin palabras, y ese gesto valió para Herminio más que cualquier discurso de los que se habían dicho esa tarde, porque Aurelio había estado ahí antes y sabía exactamente lo que era ese día y entendía que las palabras adicionales no añadían nada que el gesto no dijera mejor.

Lo que sí le dijo, en voz baja, cuando los demás estaban en otras conversaciones y la mesa tenía ese ruido de fondo que da privacidad a las conversaciones paralelas, fue esto:

—El primer lunes va a ser raro. Prepárate para eso.

—¿Raro cómo?

Aurelio lo pensó un momento con la honestidad que Herminio había aprendido a agradecer en él, que era la honestidad del que no suaviza las cosas porque cree que la verdad sin suavizar es más útil que la verdad envuelta en consideraciones.

—Como cuando apagas un ruido que estuvo treinta años encendido y de pronto no sabes si el silencio es bueno o malo. Solo raro. Luego se va aclarando, pero el primer lunes es raro y vale la pena saberlo de antemano.

Herminio lo guardó con el cuidado que guardaba las cosas que sabía que iba a necesitar.

Llegó a casa a las seis y cuarto de la tarde con la planta de Daniel bajo el brazo izquierdo y el reconocimiento enmarcado bajo el derecho y el peso particular de los días que terminan algo que no va a volver a empezar de la misma manera. El peso no era desagradable. Era simplemente el peso de las cosas que importan cuando terminan, que es diferente al peso de las cosas que no importan y que por tanto no pesan cuando se van.

Celia estaba en la sala con su libro y su almohada y la luz de la lámpara pequeña que usaba para leer cuando la tarde se cerraba, y lo miró entrar con la atención rápida de siempre: la planta, el cuadro enmarcado, su cara. En ese orden, que era el orden diagnóstico de alguien que ha aprendido a leer situaciones en los detalles antes de preguntar.

—¿Cómo estuvo? —dijo.

Herminio dejó las cosas sobre la mesa del comedor con el cuidado de quien deposita algo que merece ser depositado con cuidado, y se sentó en su sillón frente a ella. Pensó en Valentina y en la voz que temblaba al principio y que se fue asentando. En Daniel y la maceta extendida con los brazos rectos. En el silencio de tres segundos que nadie interrumpió. En la mano de Aurelio en el hombro sin palabras. En el primer lunes que iba a ser raro.

—Bien —dijo—. Estuvo bien.

Celia lo miró un momento más con la mirada que veía lo que había debajo del bien, que siempre había algo, y asintió con la aceptación tranquila de quien sabe que su marido va a procesar las cosas a su ritmo y que empujarlo no acelera el proceso sino que lo complica.

—¿Tienes hambre?

—Todavía no.

—Entonces siéntate un rato.

Y eso hizo. Se sentó en su sillón, con la planta de barro sobre la mesa y el reconocimiento apoyado contra la pared y la tarde de Puebla terminando de entrar por la ventana con esa luz de enero que es distinta a todas las otras luces del año, más horizontal, más cansada, más honesta, como si el sol de enero supiera que ya está llegando al límite de algo y lo mostrara sin disimulo.

Estuvieron los dos en la sala un rato sin hablar, Celia con su libro y Herminio con sus pensamientos, y el silencio entre los dos era el silencio de siempre, el que no necesitaba ser llenado porque llevaba treinta y ocho años siendo suficiente.

Esa noche, cuando Celia se durmió con la respiración acompasada y tranquila que era el sonido más constante de su vida y el que más agradecía, Herminio se quedó despierto en la oscuridad un tiempo que no supo calcular. No pensó en nada ordenado porque no era el momento para el pensamiento ordenado. Pensó en fragmentos que llegaban solos sin que él los convocara: el olor del pasillo del primer piso en enero, el pizarrón con las notas del último repaso del Cardenismo, la cara de Valentina, la maceta de barro, los aplausos que no eran de protocolo, la mano de Aurelio en el hombro.

Pensó en que mañana era sábado y que el lunes siguiente no habría ningún lugar al que ir con urgencia, y que eso iba a ser raro, y que Aurelio tenía razón como casi siempre tenía razón sobre estas cosas.

Pensó en treinta y dos años de salones y listas y alumnos que llegaban sin saber quiénes eran.

Pensó que había sido suficiente. Que había sido, de hecho, mucho.

Y luego dejó de pensar y se quedó dormido con la respiración de Celia a su lado, que era el sonido que más quería escuchar en esa oscuridad y en todas las oscuridades que quedaban por venir.

CAPÍTULO 6

El primer lunes

Aurelio había tenido razón.

El primer lunes sin clases, Herminio se despertó a las seis y cuarto de la mañana con la puntualidad de los treinta y dos años anteriores, el cuerpo actuando por su cuenta sin consultar al calendario ni a la razón. Por un momento, en ese espacio breve entre el sueño y la conciencia plena donde la mente todavía no ha terminado de ordenar el mundo, todo fue igual que siempre: la luz gris de enero entrando por la rendija de la cortina, el ruido lejano de la ciudad despertando, la respiración de Celia a su lado. Luego vino la conciencia, y con ella la información que el cuerpo todavía no había procesado del todo: no había ningún lugar donde ir. No había grupo esperando en el salón 14. No había lista de asistencia que pasar ni tema que desarrollar ni café que terminar de pie antes de salir con el portafolio bajo el brazo. El lunes era simplemente el lunes, sin más contenido que el que él decidiera darle, y esa libertad que en teoría debería sentirse como un regalo se sentía, en ese primer momento de la primera mañana, desconcertantemente parecida al vacío.

Se quedó en la cama unos minutos mirando el techo. Era un techo que conocía de memoria, con una mancha de humedad en la esquina derecha que llevaba ahí desde el invierno anterior y que había postergado reparar con la vaga promesa de hacerlo cuando tuviera tiempo. Ahora tenía tiempo. La observación no lo hizo sentir mejor.

Se levantó porque quedarse en cama no era una respuesta que fuera con él, nunca lo había sido, y fue a la cocina a preparar el café con los movimientos automáticos de siempre. Midió el agua, midió el café, encendió la hornilla, y mientras esperaba que el agua hirviera se quedó de pie junto a la ventana mirando la calle de Los Pilares en la mañana de enero. A esta hora, cualquier lunes de los últimos treinta y dos años, ya habría salido o estaría a punto de salir. La calle la conocía siempre en movimiento, siempre cruzándola con rumbo. Verla ahora desde arriba, desde la quietud del departamento, era verla de una manera diferente: como escenario en lugar de como trayecto.

El café estuvo listo. Lo sirvió en la taza de siempre, se sentó en el sillón de la sala, y abrió el libro de las memorias del maestro rural que había comprado el viernes en la librería de viejo de la calle 5 de Mayo. Leyó dos páginas. Luego dejó el libro en las rodillas y se quedó mirando la pared del frente con la atención inútil que uno presta a las superficies cuando en realidad está mirando hacia adentro.

El silencio que Aurelio había descrito era exactamente eso. No la ausencia de ruido, porque la ciudad hacía su ruido de siempre y el edificio crujía con sus ruidos habituales y abajo alguien cerró una puerta con más fuerza de la

necesaria. Era la ausencia del ruido interior: esa corriente constante de pendientes y horarios y cosas por hacer y cosas por corregir y cosas por preparar que había sido el fondo sonoro de su vida consciente durante más de tres décadas. Sin ella, el espacio mental que quedaba era más grande de lo que Herminio había calculado, y más silencioso, y no sabía todavía si ese silencio era el tipo que descansa o el tipo que inquieta. En ese primer lunes de enero todavía no podía distinguirlos.

Celia se levantó a las ocho, que era su hora desde que había dejado de trabajar en la universidad, y encontró a Herminio en el sillón con el café frío y el libro abierto en las rodillas en la misma página donde lo había dejado hacía casi dos horas.

—¿Cuánto llevas despierto? —preguntó desde el umbral de la sala, con la voz todavía un poco tomada del sueño.

—Desde las seis y cuarto.

Ella lo miró con la mirada de siempre, esa mirada que en treinta y ocho años había aprendido a leer debajo de las respuestas de Herminio lo que las respuestas de Herminio no siempre decían.

—¿Y?

—Raro —dijo Herminio—. Aurelio dijo que iba a ser raro y tiene razón.

Celia asintió sin agregar nada y fue a la cocina con los pasos cuidadosos de las mañanas, cuando el cuerpo tardaba más en encontrar su equilibrio y el temblor era generalmente más pronunciado que a otras horas del día. Herminio escuchó el sonido del refrigerador abrirse, el de la cafetera, el de los cajones que ella abría con esa economía de movimientos que había desarrollado para compensar lo que el Parkinson le iba quitando de la fluidez natural. No se levantó a ayudar porque no había señal de que se necesitara ayuda, y Celia había sido siempre clara en ese punto: la ayuda se ofrecía cuando se pedía o cuando era evidente, no como medida preventiva que implicara una duda sobre sus propias capacidades.

Desayunaron juntos a las ocho y media, que era una novedad en la historia de sus mañanas. Durante treinta y dos años, el desayuno de Herminio había sido un trámite solitario y apresurado, una tostada y un café consumidos en pie o en el camino, mientras Celia desayunaba sola con más calma después de que él salía. Sentarse los dos a la misma mesa a la misma hora, sin prisa, con la mañana entera por delante y sin ningún tren que alcanzar, era una experiencia que Herminio no supo cómo clasificar en ese primer intento. No era incómoda. Era simplemente nueva, con la extrañeza leve de las cosas que deberían ser naturales y que sin embargo requieren un período de adaptación que nadie advierte de antemano.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Celia mientras untaba mermelada en su tostada con la cuchara pequeña que usaba porque era más fácil de manejar.

Herminio pensó en la pregunta con más seriedad de la que quizás merecía.

—No sé todavía.

—Bien —dijo ella.

—¿Bien?

—Que no sepas está bien. No tienes que saber todavía.

Herminio miró su taza. Había algo en el no tienes que saber todavía que era más fácil de escuchar que de creer, porque él había sido durante treinta y dos años un hombre que sabía lo que tenía que hacer cada día con una precisión que no requería deliberación. El lunes era esto. El miércoles era aquello. Los viernes eran los exámenes o las entregas o el repaso final. La estructura no había sido nunca una imposición: era el cauce natural por donde había corrido la vida, y sin ese cauce el agua no sabía todavía hacia dónde ir.

Pero Celia tenía razón, como casi siempre, y Herminio lo sabía aunque le costara trabajo aplicarlo. No había que saber todavía. Era el primer lunes. Tenía derecho a no saber en el primer lunes.

Salió a caminar a las diez pasadas. No con un destino sino con la necesidad física de moverse que la mañana encerrada había ido acumulando en los músculos como una presión sin nombre. Dejó el portafolio en casa porque no había razón para llevarlo, y esa ausencia en la mano derecha le produjo una sensación de ligereza que era objetivamente agradable y que sin embargo, en algún nivel que no supo explicarse, se sentía también como una falta.

Puebla en enero de mañana tiene una luz particular, blanca y un poco fría, que recorta los perfiles de las iglesias barrocas y los edificios del centro histórico con una nitidez casi fotográfica. Herminio caminó por la calle Reforma hacia el zócalo sin apresurarse, y notó que sin el portafolio y sin el termo y sin la urgencia del horario, la ciudad se revelaba de una manera diferente a como la había conocido siempre. Había caminado por estas calles miles de veces, siempre de paso, siempre con el rumbo claro y la atención parcialmente ocupada por lo que venía después. Ahora caminaba sin después inmediato, y las calles respondían a esa diferencia abriéndose de alguna manera, ofreciendo detalles que el paso apresurado siempre había dejado en el margen: la fachada de un edificio colonial con un balcón de herrería que nunca había mirado completo, el mural desvanecido en la pared lateral de una vecindad, los nombres grabados en piedra sobre las puertas de las casas antiguas del primer cuadro.

El zócalo a las diez de la mañana de un lunes de enero tenía su propio ritmo, diferente al del sábado turístico y diferente al del mediodía comercial. Herminio cruzó los portales y se sentó en una banca frente a la Catedral, que desde ese ángulo y a esa hora tenía una presencia que nunca había tenido tiempo de apreciar del todo: la cantera gris oscurecida por los años, las torres asimétricas que los poblanos conocen de memoria pero que vistos con calma seguían teniendo algo que detenía la mirada.

A su alrededor, el lunes hacía su trabajo: oficinistas que cruzaban rápido con café de vaso en la mano, vendedores ambulantes instalando sus puestos con la eficiencia de quien repite el mismo gesto cada mañana desde hace años, una pareja de turistas con mochila que consultaban el teléfono apuntando hacia la Catedral con la expresión de quien intenta ubicarse en un mapa.

Y los otros. Los que Herminio no había notado antes con esta claridad porque antes no les prestaba la atención que ahora les prestaba: los jubilados en sus bancas, dispersos por el zócalo con la naturalidad de los que han encontrado en esas bancas algo parecido a un territorio propio. Hombres y algunas mujeres de su edad o más, con el tipo de ropa de los que ya no tienen que vestirse para ninguna institución, que tomaban el sol de enero con la tranquilidad de quien ya no tiene que justificar su presencia en un lugar público a las diez de la mañana de un día de semana. Algunos leían. Uno dormitaba con el sombrero echado sobre la cara con una determinación que Herminio encontró, en ese momento, completamente admirable. Dos conversaban con la animación de los que tienen mucho tiempo disponible para la conversación y han aprendido a usarlo bien.

Los miró durante un rato con la atención nueva que le había dado este proceso. No con lástima ni con identificación completa, sino con algo intermedio: el reconocimiento de que estaba mirando un territorio al que acababa de llegar, con sus propios códigos y su propia manera de organizar el tiempo, que todavía no entendía del todo pero que ya no le era completamente ajeno. No se sentía uno de ellos todavía. Pero tampoco se sentía completamente del otro lado.

Era el umbral, pensó. Esto era exactamente el umbral.

De regreso pasó por la librería de viejo de la calle 5 de Mayo que frecuentaba desde hacía años, donde el dueño, un hombre de nombre Rosales que leía más que cualquiera de sus clientes, lo saludó desde detrás del mostrador con el asentimiento de los que reconocen una cara habitual.

—No lo había visto en un tiempo —dijo Rosales.

—Estaba ocupado —dijo Herminio, y luego pensó que esa frase ya no le aplicaba de la misma manera y no supo bien cómo corregirla, de modo que la dejó estar.

Caminó entre los estantes con la calma que ese lugar siempre le había dado y que ahora podía darse sin calcular cuántos minutos tenía. Encontró, en la sección de memorias y testimonios, una edición nueva de algo que lo detuvo: un libro delgado con tapas azules titulado simplemente El tiempo libre, de un autor que no conocía, con el subtítulo Reflexiones de un maestro jubilado. Lo abrió al azar y leyó un párrafo de pie junto al estante. Luego otro. Luego cerró el libro, lo puso bajo el brazo, y fue a pagarlo.

Era, pensó mientras Rosales le daba el cambio, el segundo libro que compraba en una semana sin tener que calcular si iba a tener tiempo de leerlo. Quizás eso también era, a su manera, una forma de empezar.

Esa tarde, mientras Celia dormía la siesta que el médico le recomendaba y que ella cumplía con la disciplina que ponía en las instrucciones que valían la pena, Herminio se sentó en la mesa del comedor con la libreta azul de los trámites, que ya había cerrado su primera función y que ahora abría una segunda. Escribió la fecha en la parte superior de una página nueva y debajo anotó, con la letra ordenada de siempre, una lista que no era de pendientes

burocráticos sino de otra cosa que todavía no sabía nombrar con precisión y que por el momento llamaría, en ausencia de mejor término, orientaciones:

Leer el libro del maestro jubilado. Terminar las memorias del maestro rural. Caminar por el centro los lunes y los jueves, sin rumbo obligatorio. Llamar a Celeste el domingo. Llamar a Amador el miércoles. Hablar con el señor Fuentes sobre las macetas. Aprender a no saber lo que sigue.

Esta última línea la miró durante un momento después de escribirla, consideró tacharla porque sonaba a cosa que se dice pero no se hace, y decidió dejarla precisamente por eso: porque las cosas que cuestan trabajo merecen estar escritas donde uno pueda verlas.

Esa noche, cuando ya habían cenado y Celia leía en el sillón con el libro apoyado en la almohada que usaba para descansar el brazo, Herminio le contó el día con más detalle del que solía usar para contar sus días, quizás porque era el primero de este tipo y requería ser contado, quizás porque necesitaba escucharlo en su propia voz para entender qué había sido exactamente.

Le contó el zócalo y los jubilados en las bancas y el hombre durmiendo con el sombrero. Le contó la librería y el libro del maestro jubilado. Le contó la sensación de caminar sin portafolio, que era difícil de explicar pero que Celia entendió sin que hiciera falta explicarla bien.

Cuando terminó, Celia lo miró desde su sillón.

—¿Y cómo estuvo, en total?

Herminio pensó en eso con la honestidad que ella siempre le había exigido y que era la única moneda que aceptaba en las conversaciones importantes.

—Raro —dijo—. Pero menos raro que esta mañana.

Celia sonrió apenas, con esa economía de gestos que el Parkinson había ido instalando en su cara pero que cuando aparecía era completamente suya, sin ninguna interferencia de la enfermedad.

—Progreso —dijo.

Y Herminio, que llevaba treinta y ocho años aprendiendo a reconocer cuándo Celia tenía razón, asintió, y esta vez lo creyó un poco más que por la mañana.

CAPÍTULO 7

Aprender a estar

Febrero llegó con una lentitud que Herminio no había experimentado antes, o que quizás sí había experimentado pero nunca con esta conciencia. El tiempo sin estructura de trabajo tiene una consistencia diferente al tiempo organizado por horarios: no es más lento en términos objetivos, pero se percibe de otra manera, con más densidad en algunos momentos y con una fluidez extraña en otros, como si los días hubieran perdido los bordes que antes los separaban con claridad.

Lo primero que Herminio entendió, en esas primeras semanas, fue que la jubilación no era un estado sino un proceso. No se llegaba a ella de una vez y

para siempre, como se llega a un destino después de un viaje: se iba llegando poco a poco, con avances y retrocesos, con días en que la nueva vida tenía sentido y días en que la ausencia de la antigua pesaba con una contundencia que no había anticipado en toda su magnitud. Era, pensó una mañana mientras caminaba por el andador de la calle 16 de Septiembre, algo parecido a aprender a vivir en una casa nueva: uno conoce las habitaciones desde el primer día, pero tardaba semanas en saber dónde estaba todo sin tener que buscarlo, en sentir que los pasillos eran suyos, en dejar de extrañar los pasillos anteriores con esa nostalgia específica de los espacios que fueron hogar durante mucho tiempo.

La rutina que fue construyendo en esas primeras semanas no fue planeada de antemano sino descubierta en la práctica, como se descubren las cosas que uno realmente necesita: por ensayo y por error y por la atención a lo que funciona y a lo que no. Las caminatas por el centro los lunes y los jueves se establecieron con la naturalidad de lo que responde a una necesidad real. La lectura de las mañanas, con el café todavía caliente y Celia todavía durmiendo, se volvió el momento del día que más esperaba. La visita semanal a la librería de Rosales se instaló como ritual con la misma solidez silenciosa con que se instalan los rituales que uno no declara pero que cumple.

Lo que tardó más en encontrar fue la respuesta a la pregunta que el profesor Mondragón no había sabido hacerse a tiempo: quién era Herminio Lafragua cuando no era el profesor Lafragua.

Celeste llamaba los domingos con una regularidad que tenía algo de promesa cumplida y algo de culpa gestionada, como suelen tener las llamadas de los hijos que viven lejos y que saben que viven lejos y que han llegado a un acuerdo tácito consigo mismos sobre lo que esa distancia requiere de compensación. Vivía en Monterrey desde hacía nueve años, trabajaba en una empresa de diseño gráfico donde había llegado como asistente y donde ahora dirigía un equipo de ocho personas, tenía una pareja estable que se llamaba Rodrigo y al que Herminio todavía no terminaba de conocer del todo a pesar de los años, y tenía la misma claridad para ver las cosas que había heredado de Celia, aunque aplicada a territorios diferentes.

Las conversaciones con Celeste tenían un ritmo que Herminio había aprendido a seguir: ella preguntaba, él respondía con la concisión de siempre, ella interpretaba lo que había debajo de la concisión con una precisión que a veces lo sorprendía y que otras veces lo incomodaba levemente, no porque fuera incorrecta sino precisamente porque no lo era.

—¿Cómo estás con lo de la jubilación? —le preguntó el segundo domingo de febrero, después de las preguntas de cortesía sobre la salud y el clima de Puebla.

—Adaptándome —dijo Herminio.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es lo que es, Celeste.

—Papá.

—Estoy bien. Hay días mejores y días que cuesta más trabajo. Es un proceso, no un interruptor.

Hubo una pausa breve al otro lado de la línea, que Herminio interpretó como Celeste procesando si insistir o no.

—¿Y mamá?

—Mamá igual. El médico dice que la progresión está dentro de lo esperado. Los martes le cuesta más, no sé por qué los martes específicamente, pero los demás días está razonablemente bien.

—¿Están solos todo el tiempo?

—Somos dos personas, Celeste. No estamos solos.

—Ya sé lo que quise decir.

—Ya sé lo que quisiste decir —repitió Herminio, y el tono fue más suave que las palabras—. Estamos bien. Cuando no estemos bien, te aviso. Eso también lo sabes.

Celeste lo sabía. Y Herminio lo sabía a su vez, en el silencio que siguió, que la pregunta de su hija no era intromisión sino cuidado, y que el cuidado a veces se parecía a la intromisión cuando uno no estaba del todo cómodo con necesitarlo.

Colgaron con el “te quiero” de siempre, que en la familia Lafragua se decía sin dificultad porque Celia lo había instalado desde que los hijos eran pequeños con la convicción de que esas palabras no debían darse por sobreentendidas nunca.

Amador era diferente a Celeste en casi todo lo que no era fundamental. Donde ella era directa, él era oblicuo. Donde ella preguntaba, él observaba y esperaba que el otro hablara primero. Tenía treinta y cuatro años, vivía en la Ciudad de México, trabajaba en una dependencia del gobierno federal en algo relacionado con políticas de vivienda que Herminio entendía en términos generales pero no en sus detalles técnicos, y tenía esa manera particular de querer a su padre que se expresaba principalmente en aparecer: cada dos meses, sin falta, con el pretexto de un fin de semana largo o de un trámite en Puebla que podía haberse resuelto por teléfono pero que él convertía en viaje para tener la excusa de venir.

Llegó el tercer fin de semana de febrero con una maleta pequeña y una bolsa de frituras poblanas que compró en la central de autobuses porque sabía que a Celia le gustaban desde siempre. Eso era Amador: los gestos concretos en lugar de las palabras, los camotes de Puebla traídos desde la Ciudad de México, la presencia física en lugar de la declaración verbal. Lo había aprendido de Herminio, aunque ninguno de los dos lo hubiera dicho nunca en esos términos.

Pasaron el sábado con la tranquilidad de las visitas que no requieren programa: el mercado por la mañana, la comida en casa, la tarde larga con conversación que saltaba de un tema a otro sin urgencia. Herminio observó a su hijo con la atención que la jubilación le había dado para observar las cosas sin prisa, y vio en él algo que antes no había tenido tiempo de ver con esta

claridad: que Amador era un hombre completo, con sus propias maneras de estar en el mundo, con una solidez discreta que no se anunciaba pero que estaba ahí. Que lo habían criado bien, los dos, Celia con su claridad y él con su constancia, aunque en el momento de hacerlo nunca hubieran estado seguros de estar haciéndolo bien.

El domingo por la mañana, mientras Celia dormía todavía y los dos tomaban café en la cocina, Amador dijo, sin preámbulo:

—¿Cómo la estás llevando, en serio?

Herminio lo miró. Había algo en la pregunta de su hijo, en el en serio específico, que era diferente a la misma pregunta hecha por otros.

—Mejor que al principio —dijo—. El primer mes fue el más raro. Ahora estoy encontrando un ritmo.

—¿Y con lo de mamá?

—Con lo de mamá es más difícil de separar. Las dos cosas ocurren al mismo tiempo y a veces no sé qué parte de cómo me siento corresponde a una y qué parte a la otra.

Amador asintió despacio, con esa manera de escuchar que tenía de recibir las cosas sin apresurarse a responderlas.

—¿Necesitas algo? —dijo al fin—. Digo, en términos prácticos. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar desde allá?

Herminio pensó en la pregunta con honestidad.

—Por ahora no. Pero te aviso cuando sí.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Fueron palabras sencillas, dichas en la cocina de un departamento de Puebla un domingo de febrero con el café todavía caliente, y sin embargo Herminio las sintió como algo real y sostenido, como una cuerda que no necesitaba usarse para saber que estaba ahí.

El señor Fuentes vivía dos pisos arriba y tenía, como Herminio había notado desde el primer año en el edificio, la costumbre de regar sus macetas del balcón todos los días entre las siete y las siete y media de la mañana. Era una actividad que desde abajo producía a veces un goteo sobre la banqueta que los vecinos del primer piso habían comentado sin resultado visible, pero que el señor Fuentes realizaba con una concentración y un cuidado que Herminio, ahora que tenía tiempo de observar estas cosas, encontraba genuinamente admirable.

Subió a visitarlo un martes de febrero sin llamar antes, porque en el edificio ese era el código de las visitas entre vecinos que se respetan pero no son amigos formales: se tocaba el timbre y si estaba se estaba, y si no se intentaba otro día. El señor Fuentes estaba. Abrió la puerta con la expresión de quien no esperaba visita pero tampoco le sorprende recibirla, y lo hizo pasar con la hospitalidad discreta de los que viven solos y han aprendido que las visitas, incluso las no anunciadas, son generalmente bienvenidas.

El departamento del señor Fuentes olía a tierra húmeda y a algo que podría haber sido canela. Las macetas que desde abajo se veían como una masa verde indistinta eran, vistas de cerca, un universo particular: geranios de varios colores, una bugambilia que había encontrado la manera de trepar por la pared del balcón, hierbas de olor que Herminio fue reconociendo de a poco, epazote, hierbabuena, albahaca, y en un rincón protegido del viento, con una atención especial que se notaba en la tierra más trabajada y en el soporte de madera que alguien había construido con cuidado, una gardenia que todavía no florecía pero que prometía hacerlo.

—Esto es más de lo que se ve desde abajo —dijo Herminio.

—Siempre es más de lo que se ve desde lejos —dijo el señor Fuentes, con la sencillez de quien hace una observación práctica y no una metáfora, aunque la metáfora estuviera ahí de todas maneras.

Tomaron café. El señor Fuentes contó la historia de cada planta con la misma precisión con que un maestro explicaría un tema que conoce bien: cuándo llegó cada una, qué había requerido, cuáles habían sobrevivido el invierno anterior y cuáles no, qué había aprendido de los fracasos. Herminio escuchó con la atención genuina de quien descubre que un tema que nunca le había interesado resulta interesante cuando lo cuenta alguien que lo conoce de verdad.

—¿Cuándo empezó con esto? —preguntó.

El señor Fuentes lo pensó un momento.

—El segundo año. El primero no fui capaz de nada. El primero fue solo sobrevivir.

No hizo falta aclarar de qué estaba hablando. Los dos sabían de qué estaba hablando.

—¿Y cómo supo que esto era lo que necesitaba?

—No supe. Compré dos geranios porque la vecina del cuarto me dijo que eran fáciles de mantener y yo necesitaba algo que fuera fácil de mantener. Y luego resultó que me gustaba. —Hizo una pausa—. Creo que lo que me gustaba era que dependían de mí. Que si yo no regaba, se morían. Que si yo estaba, vivían.

Herminio guardó eso en algún lugar. Era una de esas frases sencillas que tienen más dentro de lo que muestran en la superficie.

Bajó al departamento una hora después con la sensación de haber recibido algo que no sabía que necesitaba recibir, y que no era exactamente un consejo ni exactamente un ejemplo sino algo más parecido a una prueba de que el camino existía aunque cada quien tuviera que encontrar su propia versión de los geranios del balcón.

Hacia el final de febrero, Herminio había establecido sin declararlo una estructura nueva. No era la estructura del trabajo, con sus horarios fijos y sus obligaciones predecibles. Era algo más poroso, más abierto, construido sobre anclas pequeñas en lugar de sobre una arquitectura rígida. Las caminatas. La lectura de las mañanas. Las llamadas a los hijos. Las visitas al señor Fuentes

que se habían vuelto quincenales sin que nadie lo propusiera. La atención a Celia, que no era un elemento de la estructura sino el centro alrededor del cual todo lo demás se organizaba.

No era la vida que había tenido. Era otra vida, con sus propias formas, que todavía estaba aprendiendo a habitar.

Una tarde, revisando la libreta azul, encontró la última línea de la lista que había escrito en el primer lunes: *Aprender a no saber lo que sigue*. La leyó un momento y luego, con la misma letra ordenada de siempre, escribió debajo una sola palabra:

Avanzando.

No era una declaración de victoria. Era simplemente un registro honesto del estado de las cosas, que era lo que la libreta había sido desde el principio.

CAPÍTULO 8

Lo que se pierde, lo que queda

La primavera en Puebla llega sin anunciarse demasiado. No tiene la dramaturgia de otras latitudes donde el cambio de estación es un acontecimiento visible: aquí el invierno se va retirando gradualmente, los días se van alargando con discreción, y un mañana cualquiera uno sale a la calle y el aire tiene una temperatura diferente, más blanda, y los jacarandas que bordean algunas calles del centro histórico han abierto sus flores moradas con la puntualidad de lo que no necesita que nadie lo recuerde para ocurrir. Herminio siempre había notado las jacarandas de manera periférica, como se notan las cosas que forman parte del paisaje habitual sin exigir atención específica. Este año las notó de otra manera, con la misma atención nueva que le había dado la jubilación para las cosas que antes pasaban por el margen.

Llevaba tres meses fuera del trabajo. No los había contado deliberadamente, pero la fecha había aparecido en su conciencia un martes de abril con la precisión de un aniversario que nadie había marcado en ningún calendario. Tres meses desde el último día de clases. Tres meses desde que el salón 14 dejó de ser suyo. Y lo que encontró al hacer ese recuento no fue el abismo que había temido en los primeros días ni la paz completa que a veces se imaginaba como destino posible, sino algo más honesto y más complejo: un territorio que todavía estaba aprendiendo, con zonas que ya sentía propias y zonas que todavía le resultaban extrañas, con días que funcionaban con una naturalidad que lo sorprendía gratamente y días en que la ausencia del trabajo volvía a tener ese peso específico que pensaba haber dejado atrás.

Lo que había aprendido, en esos tres meses, era que la jubilación no tenía una forma fija. Se iba formando con lo que uno traía y con lo que uno encontraba, y el resultado era siempre particular, nunca exactamente igual al de nadie más, aunque hubiera patrones reconocibles y aunque la experiencia de otros sirviera de orientación. Era, pensó una mañana mientras caminaba por el andador de la calle 6 Oriente con el libro del maestro rural bajo el brazo, algo parecido a lo que les decía a sus alumnos sobre la Historia: que los patrones

ayudaban a entender, pero que la vida concreta siempre tenía detalles que el patrón no contemplaba.

El Parkinson de Celia había entrado en una fase que el médico había descrito, en la última visita de marzo, con la objetividad cuidadosa de quien da información difícil sin dramatizarla innecesariamente. La progresión seguía su curso. Los temblores eran más frecuentes y más pronunciados que seis meses atrás. La rigidez muscular, que al principio se manifestaba principalmente en las mañanas, se extendía ahora a otros momentos del día. Celia necesitaba más tiempo para las actividades cotidianas y más ayuda en algunas de ellas, y aunque su mente seguía tan clara como siempre, el cuerpo le imponía limitaciones que ella aceptaba con una dignidad que Herminio observaba con una mezcla de admiración y de dolor que había aprendido a sostener sin que ninguno de los dos lo nombrara más de lo necesario.

Habían contratado a una enfermera para las tardes. Se llamaba Guadalupe, tenía unos cincuenta años, y tenía esa combinación de eficiencia práctica y de trato humano que en su profesión no siempre iban juntas. Llegaba a las dos de la tarde y se iba a las siete, y en esas cinco horas Herminio había aprendido a salir, a caminar, a hacer sus recados, a tener el espacio que Celia le decía que necesitaba aunque él no siempre estuviera convencido de necesitarlo.

—Sal —le decía Celia cuando Guadalupe llegaba—. No te quedes aquí mirándome como si fuera a romperme.

—No te estoy mirando como si fueras a romperte.

—Sí lo estás haciendo. Lo noto en los hombros.

Herminio salía. Y mientras caminaba por el centro o se sentaba en el zócalo o visitaba a Rosales en la librería, descubría que Celia tenía razón, como casi siempre: que el espacio propio no era abandono sino una forma de sostenerse para poder seguir sosteniéndola a ella, que era una lección que sabía en teoría desde hace tiempo pero que el cuerpo tardaba en aprender.

El profesor Mondragón había salido del sillón.

Herminio se enteró por la profesora Torres, que se lo dijo en un mensaje de texto redactado con la precisión telegráfica que usaba para todo: *Mondragón está dando clases de historia en el Centro Comunitario Benito Juárez. Los jueves por la tarde. Por si le interesa.* Herminio leyó el mensaje dos veces, guardó el teléfono, y estuvo pensando en eso durante el resto de la mañana con una satisfacción que no era exactamente alegría pero que se le parecía.

Fue a verlo un jueves. El Centro Comunitario Benito Juárez quedaba en la colonia Xonaca, en un edificio de gobierno con paredes color mostaza que tenía ese aire de institución pública que intenta con recursos limitados hacer más de lo que el presupuesto permite. Herminio llegó diez minutos antes de que terminara la clase y se quedó en el pasillo, desde donde podía escuchar sin entrar.

La voz de Mondragón era la misma de siempre, con esa proyección natural del orador que no necesita micrófono. Estaba hablando de la Revolución Mexicana, y lo estaba haciendo con la energía específica del que ha

recuperado algo que le pertenecía y que por un tiempo no supo dónde había quedado. El grupo, que por los sonidos Herminio calculó en unas quince personas, respondía con la atención particular de los adultos que aprenden por gusto y no por obligación: sin el ruido disperso del salón de preparatoria, sin los teléfonos que se escondían bajo la mesa, con la concentración de quien está ahí porque quiere estar ahí.

Cuando terminó la clase y los asistentes fueron saliendo, Herminio entró. Mondragón lo vio desde el frente del salón, donde estaba guardando sus papeles, y su cara tuvo una expresión que era difícil de leer y que Herminio interpretó, quizás equivocadamente, como alivio.

—Lafragua —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a escucharte.

Mondragón asintió despacio. Tenía el mismo aspecto de siempre, quizás un poco más delgado, con algo diferente en la postura que Herminio no supo nombrar de inmediato y que luego identificó como esto: que estaba de pie en lugar de hundido. Que ocupaba el espacio de otra manera.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Herminio.

—Mi hija. Me trajo el primer día casi a la fuerza. El segundo día fui yo solo.

No hablaron mucho más. No era necesario. Los dos sabían lo que el otro sabía, que era que había un trecho entre el sillón y este salón color mostaza, y que ese trecho era largo y no siempre se recorría, y que Mondragón lo había recorrido, y que eso era lo que importaba.

Salieron juntos a la calle y caminaron media cuadra en la misma dirección antes de que sus caminos se separaran. En esa media cuadra, Mondragón dijo:

—Lo peor es cuando crees que ya pasó y vuelve.

—¿Y vuelve?

—Menos seguido. Y uno ya sabe mejor qué hacer cuando vuelve.

Herminio guardó eso con la misma atención con que había guardado la frase del señor Fuentes sobre los geranios. Estaba construyendo, sin haberlo planeado deliberadamente, un repertorio de cosas dichas por hombres que habían estado antes en este territorio, y ese repertorio le resultaba más útil que cualquier libro sobre el tema, aunque los libros también servían.

La profesora Inés Castellanos había venido a Puebla en marzo, de regreso de uno de sus viajes a Oaxaca, y había pasado una tarde en la escuela saludando a los colegas con la energía que todos mencionaban y que Herminio pudo comprobar por primera vez directamente. Tenía sesenta y cuatro años y se movía con la velocidad de alguien que tiene muchas cosas pendientes y está contenta con esa condición. Herminio la encontró en la sala de maestros y conversaron veinte minutos que se sintieron más cortos.

Le preguntó lo que llevaba meses queriendo preguntarle: cómo había sabido qué hacer con la jubilación, cómo había encontrado eso que todos describían como un florecimiento.

Inés lo pensó un momento con seriedad.

—No lo supe de antemano —dijo—. Lo que hice fue no esperar a saber. Empecé antes de estar segura, y la seguridad vino después, no antes. Si hubiera esperado a estar segura, todavía estaría esperando.

Herminio pensó en eso durante varios días. Había algo en esa secuencia, empezar antes de estar segura y que la seguridad venga después, que contradecía su manera habitual de hacer las cosas, que era la del hombre que preparaba bien antes de actuar, que llegaba al salón con el tema estudiado y la clase planeada. Pero quizás en esto la lógica era diferente. Quizás en esto había que entrar sin tener todo preparado y dejar que la preparación llegara en el camino.

No era una conclusión cómoda para alguien como él. Pero era honesta, y la honestidad siempre había tenido más peso que la comodidad en la manera de Herminio de relacionarse con las cosas importantes.

Esa primavera empezó a escribir. No con un plan ni con una intención declarada, sino con la misma lógica de Inés: antes de estar seguro, a ver qué pasaba. Abrió la libreta azul en una página nueva, pasadas ya las listas de trámites y las orientaciones del primer lunes y el avanzando de febrero, y escribió la fecha y debajo escribió, sin pensarlo demasiado, el primer párrafo de algo que no sabía todavía si era un diario o unas memorias o simplemente un registro de los días que estaba viviendo.

Escribió sobre el olor de la preparatoria en septiembre. Sobre el temblor de Celia sobre la taza del desayuno. Sobre Aurelio y su dieciséis meses dicho con esa serenidad de quien ya pasó por ahí. Sobre los jubilados en las bancas del zócalo un lunes de enero.

No era literatura. No tenía pretensiones de serlo. Pero era suyo, completamente suyo, escrito con una letra que nadie más iba a leer y sobre cosas que nadie más había vivido exactamente así, y esa particularidad, descubrió, tenía un peso propio que no se parecía a ningún otro peso que hubiera tenido antes.

Escribió durante una hora. Luego cerró la libreta y fue a la cocina a preparar el té de Celia, que a las cinco de la tarde tomaba su té sin falta desde hacía años, y que lo esperaba en el sillón con el libro apoyado en la almohada y el temblor de los martes que era más pronunciado que el de los otros días, sin que nadie hubiera podido explicar todavía por qué los martes específicamente.

Le llevó el té. Ella lo recibió con las dos manos alrededor de la taza, que era la manera más segura, y lo miró con la mirada de siempre.

—¿Qué estabas haciendo?

—Escribiendo.

Celia lo miró un momento más, con algo que podría haber sido sorpresa o podría haber sido reconocimiento.

—¿Escribiendo qué?

—No sé todavía.

Ella asintió, como había asentido el primer lunes cuando él dijo que no sabía qué iba a hacer con el día. Con la misma aceptación tranquila de quien entiende que no saber todavía es a veces la respuesta más honesta disponible, y que desde ahí también se puede empezar.

Había algo más que ese mes de abril le fue mostrando con una claridad que al principio no tenía. Era la diferencia, sutil pero real, entre perder algo y quedarse sin algo. Perder suponía un sujeto activo, un robo o un descuido, una responsabilidad que podía atribuirse. Quedarse sin algo era diferente: era el resultado natural de un proceso que nadie había elegido deliberadamente y que sin embargo había ocurrido, con la misma inevitabilidad con que ocurren las cosas que forman parte del curso de la vida cuando se vive el tiempo suficiente.

Herminio había perdido el trabajo en el sentido de que ya no lo tenía. Pero no se lo había quitado nadie ni lo había descuidado hasta perderlo: había llegado al final de un ciclo que era el ciclo correcto, con la duración correcta, y lo que quedaba después no era vacío sino espacio. La distinción le parecía importante, aunque le costara trabajo sostenerla en los días malos, que seguían existiendo con una frecuencia que había aprendido a aceptar sin dramatizarlos.

Lo que quedaba, fue entendiendo ese mes de abril entre las jacarandas y las tardes con Guadalupe y las horas de escritura en la libreta azul, era más de lo que había calculado al principio. Quedaba Celia, con su temblor y su claridad y su manera de decirle la verdad a media frase. Quedaban Celeste y Amador, con sus vidas propias y sus formas propias de quererlo que no eran las que él habría elegido si hubiera podido elegir pero que eran reales y sostenidas y no fallaban cuando importaba. Quedaba Puebla, que había sido siempre el escenario y que ahora, con el tiempo que la jubilación le había dado para mirarla sin prisa, resultaba ser también un personaje. Quedaban los libros que no había leído y los que había leído y los que estaban por llegar de la librería de Rosales. Quedaba la escritura, que era nueva y todavía torpe y completamente suya.

Quedaba él, Herminio Lafragua, que sin el salón 14 y sin los grupos de quinto semestre y sin los trámites pendientes del ISSSTE seguía siendo alguien, aunque ese alguien estuviera todavía en proceso de definirse con más claridad.

Eso no era poco. Era, de hecho, bastante.

CAPÍTULO 9

La despedida de Celia

El médico llamó un miércoles de octubre a las once de la mañana. Herminio estaba en la mesa del comedor con la libreta azul y el café de las mañanas, que para entonces ya era un ritual tan establecido como cualquiera de los que había tenido en treinta y dos años de preparatoria, cuando el teléfono sonó con el nombre del doctor Varela en la pantalla. Lo que el doctor Varela dijo, con la precisión cuidadosa de quien ha aprendido a dar noticias difíciles sin

quitarles el peso que tienen, fue que los resultados de los últimos estudios mostraban una progresión más rápida de lo esperado en los últimos dos meses, que la función motora de Celia había disminuido de manera significativa, y que era momento de hablar de los cuidados paliativos con más seriedad de la que habían tenido hasta entonces.

Herminio escuchó todo eso de pie junto a la ventana de la cocina, con el teléfono en la mano y la vista fija en la calle de Los Pilares sin ver realmente nada de lo que había en ella. Cuando el doctor Varela terminó, le hizo las preguntas que pudo formular en ese momento, que no eran todas las que tenía sino las que la voz le permitió articular. Cuánto tiempo. El médico dijo que era difícil de precisar, que el Parkinson en estadio avanzado tenía su propio ritmo y que ese ritmo variaba entre personas, pero que basándose en la evolución reciente hablaban de meses, no de años.

Colgó. Se quedó parado en la cocina durante un tiempo que no supo calcular. Luego fue al cuarto donde Celia descansaba, que era lo que hacía cada vez más a ciertas horas del día porque el cuerpo le exigía ese descanso con una urgencia que ya no admitía negociaciones, y se sentó en la silla junto a su cama que había puesto ahí hacía semanas para estas visitas de media mañana que habían ido volviéndose parte del ritmo de los días.

Celia lo miró.

—¿Quién era?

—El doctor Varela.

Ella esperó.

—Dice que la progresión se aceleró. Que hay que pensar en los cuidados paliativos.

Celia no dijo nada durante un momento. Luego dijo:

—Ya lo sabía.

—¿Cómo?

—El cuerpo avisa, Herminio. Uno lo siente antes de que lo digan los estudios.

Herminio la miró con esa mezcla de admiración y de dolor que llevaba años siendo la textura de lo que sentía cuando Celia era más valiente que él ante las mismas cosas.

—¿Por qué no me dijiste?

—Porque no era el momento todavía. —Hizo una pausa—. Y porque me costaba trabajo.

Eso último lo dijo con una voz diferente, más baja, con algo en ella que Herminio reconoció como el sonido de Celia permitiéndose ser menos valiente de lo habitual, que era una cosa que ocurría raramente y que cuando ocurría requería de él una atención particular.

Le tomó la mano. La mano temblaba, como siempre, pero la apretó de todas maneras con la firmeza tranquila de los que saben que hay cosas que no se dicen sino que se sostienen.

Estuvieron así un rato en silencio, con la luz de octubre entrando por la cortina entreabierta y el ruido lejano de la ciudad haciendo su trabajo de siempre afuera, indiferente a lo que ocurría en ese cuarto de la calle de Los Pilares donde dos personas llevaban treinta y ocho años aprendiendo a estar juntas y que ahora aprendían, juntas también, la última cosa que quedaba por aprender.

Esa tarde Herminio llamó a Celeste y a Amador. Les dijo lo que el médico había dicho con la misma precisión cuidadosa del doctor Varela, porque era la única manera que conocía de dar noticias difíciles sin quitarles el peso que tenían ni añadirles el que no tenían. Celeste escuchó en silencio y al final dijo que venía el fin de semana siguiente. Amador dijo que también. Ninguno de los dos preguntó si era necesario porque los dos sabían que era necesario y que esa pregunta sobraba.

El viernes por la noche los dos estaban en el departamento de la calle de Los Pilares, Celeste en el cuarto de huéspedes que había sido su cuarto de adolescente y Amador en el sofá cama de la sala con la estoicidad de los hijos que llegan sin queja a lo que haya. Celia los recibió con la energía que reservaba para las ocasiones que lo requerían, esa energía que el Parkinson no había podido quitarle del todo porque era de otro tipo, no muscular sino de carácter, y los cuatro cenaron juntos con la conversación de las familias que saben que hay cosas importantes sin decir y que han decidido, por acuerdo tácito, dejar que la cena sea simplemente una cena.

Fue Celeste, al día siguiente por la mañana mientras ayudaba a su madre a peinarse, quien tuvo con ella la conversación que Herminio no había podido tener todavía con suficiente claridad. Herminio la escuchó desde el pasillo sin querer escucharla y sin poder evitarlo, y lo que escuchó fue a su hija preguntando a su madre cómo estaba de verdad, y a su madre respondiendo con una honestidad que reservaba para los momentos en que la honestidad era más importante que la protección del otro.

—Estoy cansada —dijo Celia—. No de vivir. Del esfuerzo que cuesta vivir así.

—¿Tienes miedo?

Una pausa.

—De algunas cosas. No de todo.

—¿De cuáles?

—De que Herminio se quede muy solo.

Herminio se alejó del pasillo. Fue a la cocina y estuvo ahí un rato sin hacer nada en particular, con esa frase instalada en algún lugar del pecho donde iba a quedarse durante mucho tiempo.

Los meses que siguieron tuvieron la textura particular de los períodos que uno sabe mientras los vive que van a recordarse de una manera diferente a como se recuerdan los períodos ordinarios. Guadalupe aumentó sus horas. El doctor Varela venía a casa cada dos semanas. Los hijos llamaban más seguido y venían cuando podían, que era más seguido de lo que habían venido antes, y

Herminio agradecía esas visitas con una gratitud que no siempre sabía expresar pero que ellos sabían leer.

Celia fue perdiendo funciones con la lentitud implacable que había caracterizado toda la evolución de su enfermedad, pero también con una dignidad que Herminio encontraba, en sus momentos más lúcidos, como una de las cosas más admirables que había presenciado en su vida. No se quejaba más de lo necesario. No pedía lástima porque nunca la había pedido. Tenía días de mayor dificultad y días en que algo del antiguo ritmo regresaba brevemente, como una concesión del cuerpo, y en esos días hablaban de cosas que en los días difíciles quedaban guardadas.

Hablaron de los hijos, de cómo habían salido bien de maneras que ninguno había anticipado exactamente. Hablaron de los años en la primera casa, cuando el dinero era poco y la vida era más complicada en lo material y más sencilla en otras cosas. Hablaron de los viajes que habían hecho y de los que no habían podido hacer y de si eso importaba, y llegaron a la conclusión de que no importaba demasiado, que lo que uno se lleva de la vida no son los lugares sino las personas con quienes estuvo en los lugares. Hablaron, una tarde de diciembre en que el ángulo de la luz era el mismo que el del primer departamento donde vivieron juntos y que ninguno de los dos mencionó pero que los dos notaron, de lo que había sido la vida compartida con una honestidad y una gratitud que solo son posibles cuando ya no hay tiempo que perder en rodeos.

—Fue buena —dijo Celia.

—Fue muy buena —dijo Herminio.

No dijeron más porque no hacía falta decir más.

Amador llegó el quince de enero porque el médico había llamado el día anterior para decir que era cuestión de horas. Celeste llegó esa misma tarde en el primer vuelo que encontró desde Monterrey. Los cuatro estuvieron juntos en el cuarto esa noche, con Guadalupe discreta en la sala por si se necesitaba algo, y con el silencio particular de los cuartos donde alguien está en el último tramo de algo que no tiene vuelta.

Celia murió a las cuatro de la madrugada del dieciséis de enero, con Herminio tomándole la mano y Celeste y Amador a los pies de la cama. No fue dramático. Fue lo que fue: una respiración que se fue haciendo más lenta y más espaciada y luego no fue, y el silencio que quedó era diferente a todos los silencios anteriores de ese cuarto porque era definitivo.

Herminio estuvo sentado junto a ella un rato después, sin soltarle la mano todavía, con los hijos a su lado. Nadie dijo nada durante ese tiempo porque no había nada que decir que estuviera a la altura de lo que acababa de ocurrir, y los tres lo sabían, y esa comprensión compartida fue en sí misma una forma de acompañamiento que Herminio sintió con una gratitud que no podría haber expresado en palabras aunque lo hubiera intentado.

El funeral fue tres días después, sencillo como había sido ella, en la iglesia de San Francisco que quedaba a pocas cuadras de la casa y donde habían ido en los años en que iban, con menos constancia en los últimos tiempos pero con

la pertenencia tranquila de quienes no necesitan demostrar nada. Vinieron vecinos y colegas de la preparatoria y algunos de la universidad donde Celia había trabajado y personas que Herminio conocía de vista y no de nombre, que son siempre las que revelan el alcance real de una vida cuando se juntan en un momento así. Aurelio Briones vino y no dijo mucho, que era su manera correcta. La directora Guadalupe Vargas vino. El señor Fuentes bajó de su departamento con su traje oscuro y sus geranios de balcón momentáneamente sin regar, y le estrechó la mano a Herminio con un apretón que duraba un segundo más de lo habitual y en ese segundo extra decía lo que las palabras no siempre pueden decir entre hombres que han aprendido a comunicarse de otra manera.

Celeste y Amador se quedaron una semana. Ordenaron papeles, acompañaron trámites, cocinaron y se turnaron para que el departamento no estuviera vacío cuando Herminio necesitaba salir a caminar, que era lo que hacía cuando no podía estar quieto. El último día, cuando Celeste recogía su maleta en el cuarto de huéspedes y Amador doblaba el sofá cama de la sala, Herminio estuvo un momento en el umbral de la habitación que había sido de los dos y que ahora era solo suya, mirando adentro sin entrar todavía, con la conciencia de que entrar era empezar algo que todavía no sabía cómo empezar.

Celeste se le acercó desde atrás y le puso una mano en el hombro, igual que Aurelio le había puesto la mano en el hombro el último día de clases, con ese gesto que no requiere palabras porque las contiene todas.

—Papá.

—Estoy bien —dijo Herminio, y en ese momento era parcialmente verdad y parcialmente lo que uno dice cuando todavía no tiene otra cosa disponible.

—Lo sé —dijo Celeste—. Pero avisa cuando no estés.

—Ya lo sé.

—Promételo.

—Te lo prometo.

Se fueron. Herminio cerró la puerta y se quedó solo en el departamento con el silencio nuevo, que era diferente a todos los silencios anteriores, más grande, más quieto, con una textura que iba a tardar en aprender a habitar. Se sentó en su sillón, frente al sillón vacío de Celia, y estuvo ahí un rato largo sin hacer nada, sin pensar en nada ordenado, dejando que el peso de la semana y de los meses anteriores y de los treinta y ocho años anteriores a esos meses se posara donde tenía que posarse.

La fotografía del buró seguía en su lugar. Celia con el vestido blanco y la peineta de carey. Herminio con la corbata azul marino y la expresión del que todavía está aprendiendo.

La miró desde el sillón durante un momento. Luego abrió la libreta azul, que tenía ahora muchas páginas escritas y todavía algunas en blanco, y escribió la fecha en la parte superior de una página nueva.

Debajo no escribió nada todavía. Solo la fecha. El resto podía esperar.

CAPÍTULO 10

Herminio solo

Los primeros días después de que se fueron los hijos tuvieron una calidad particular que Herminio no había experimentado antes y que tardó en encontrarle nombre. No era tristeza exactamente, aunque la tristeza estaba ahí, instalada con la permanencia tranquila de algo que había llegado para quedarse un tiempo y que no pretendía irse pronto. No era soledad en el sentido que la palabra tiene cuando uno no ha elegido estar solo, esa soledad que duele porque es una falta. Era algo más parecido a la intemperie: la sensación de estar expuesto a algo grande sin el parapeto que durante treinta y ocho años había sido Celia, su presencia, su voz, su manera de ver las cosas con más claridad que él y de decírselas sin rodeos.

El departamento era el mismo y era diferente. Los muebles estaban en los mismos lugares y las fotos en las mismas paredes y los libros en los mismos estantes, y sin embargo el espacio se había reorganizado alrededor de una ausencia que tenía una presencia propia, casi física, que Herminio encontraba en cada habitación de maneras distintas: en la cocina era la taza que ya no había que preparar a cierta hora, en el baño era el orden diferente de las cosas sobre el lavabo, en la sala era el sillón de Celia que él no movió porque moverlo habría sido un gesto demasiado definitivo para el que todavía no estaba listo.

Dormía en el mismo lado de la cama de siempre. Intentó dormir en el centro una noche, pensando que el espacio vacío del otro lado sería menos evidente desde ahí, y descubrió que era peor, que el centro no era de nadie y que el lado izquierdo era de él desde hacía treinta y ocho años y que ahí era donde debía estar. Lo que no podía controlar era el momento entre el sueño y el despertar, ese espacio breve donde la conciencia todavía no ha ordenado el mundo y todo sigue siendo como era, y que ahora tenía una duración de unos pocos segundos antes de que la realidad llegara con la puntualidad implacable de las cosas que no esperan a que uno esté listo para recibir las.

Salía a caminar todas las mañanas. Era lo que podía hacer cuando el departamento se sentía demasiado quieto, que era frecuente en esas primeras semanas, y la ciudad respondía con su indiferencia habitual que resultaba, paradójicamente, reconfortante: Puebla no sabía que Celia había muerto y no reorganizaba su funcionamiento en torno a ese hecho, y esa normalidad del mundo exterior era un recordatorio útil de que la vida continuaba, que no era crueldad sino simplemente el modo en que las cosas son y han sido siempre.

Caminaba sin rumbo fijo, como había aprendido a hacer desde el primer lunes, pero ahora los trayectos eran más largos y a veces llegaban a lugares que antes no había alcanzado: el barrio del Artista, las calles empedradas de Analco, el Paseo de San Francisco con sus jardines que en enero estaban secos y que en marzo empezaban a mostrar los primeros verdes. Puebla desde los pies de un hombre que ya no tiene prisa es una ciudad diferente a

la que se ve desde la ventanilla de un autobús o desde el paso acelerado del que tiene un horario que cumplir. Tiene sus propios ritmos y sus propias texturas, sus esquinas con historia y sus callejones que no llevan a ningún lado particular y que sin embargo tienen algo que ofrece al que entra sin expectativas.

Celeste llamaba los domingos y los miércoles, que era el doble de la frecuencia anterior, con la discreción de no mencionarlo como un ajuste sino simplemente haciéndolo. Amador llamaba los martes y los jueves con la misma discreción, y Herminio recibía esas llamadas con una gratitud que había aprendido a expresar de manera más directa que antes, porque Celia le había enseñado durante treinta y ocho años que las cosas que se dan por sobreentendidas a veces dejan de estar sobrentendidas sin que uno lo note, y que nombrarlas de vez en cuando es una forma de cuidarlas.

—¿Cómo estás hoy? —preguntaba Celeste.

—Bien —decía Herminio, y cuando no era completamente cierto añadía: —Días.

Celeste había aprendido a leer la diferencia entre el bien pleno y el bien con días, y cuando era lo segundo no insistía en los detalles sino que dejaba que la conversación fuera hacia otros lugares, hacia sus propias cosas, hacia Rodrigo y el trabajo y la ciudad de Monterrey, y Herminio escuchaba con la atención genuina del que entiende que escuchar la vida de los hijos es también una forma de seguir siendo padre, que es uno de los pocos roles que no tienen jubilación.

Amador vino en marzo, sin pretexto de trámite esta vez, simplemente a estar. Pasaron tres días con la tranquilidad de siempre, el mercado y la comida en casa y las tardes largas, y el último día por la mañana, con el café en la cocina que era ya el ritual establecido de sus encuentros, Amador le preguntó si había pensado en hacer algún cambio.

—¿Qué tipo de cambio?

—No sé. De casa, de ciudad. Algunos lo hacen.

Herminio lo pensó con seriedad antes de responder.

—No. Esta es mi casa. Aquí estuvo ella y aquí estoy yo y no tengo razones para ir a otro lado.

Amador asintió. No era la respuesta que habría dado él, que era de los que cambian el escenario cuando el escenario se vuelve difícil, pero era la respuesta de su padre, que era de los que se quedan y aprenden a habitar lo que tienen aunque cueste trabajo, y la respetó sin decir más al respecto.

Lo que Herminio no le dijo, porque todavía lo estaba entendiendo él mismo, era que quedarse no era solo una negativa al cambio. Era también una afirmación: la de que treinta y ocho años de vida compartida en ese departamento no eran una carga de la que hubiera que aligerarse sino un peso que valía la pena cargar, que tenía su propio sentido, que le daba a las paredes y a los muebles y al sillón de Celia una densidad que ningún lugar nuevo podría tener todavía.

Con el señor Fuentes la relación había tomado una forma nueva después de la muerte de Celia. No de manera declarada ni como resultado de ninguna conversación específica sobre el asunto, sino con la naturalidad con que cambian las cosas entre personas que entienden lo que el otro está viviendo sin necesidad de explicaciones. El señor Fuentes había perdido a su esposa cuatro años antes y sabía lo que era ese primer año, y eso le daba una presencia en la vida de Herminio que no era intrusiva pero que estaba ahí, disponible, como los geranios del balcón que seguían vivos porque alguien los regaba.

Empezaron a desayunar juntos los miércoles. No todos los miércoles, no con una regularidad que requiriera ser declarada, pero sí con suficiente frecuencia como para que ambos supieran que el miércoles era probablemente un día de desayuno compartido y que si uno no bajaba o no subía el otro no lo interpretaba como rechazo sino simplemente como un día diferente. Era la amistad de los hombres mayores que no tienen tiempo que perder en formalidades pero que tampoco quieren estar completamente solos, que se construye en gestos pequeños y en silencios compartidos y en la conversación sobre las macetas y los libros y las noticias del día que es en realidad la conversación sobre cómo va la cosa sin tener que decirlo directamente.

La escritura en la libreta azul se había vuelto diaria. Herminio escribía por las mañanas, después del café y antes de la caminata, con la disciplina nueva del que ha descubierto que una actividad le da algo que necesita y que por tanto merece ser protegida con la regularidad que antes protegía la preparación de las clases. No sabía todavía qué era lo que escribía, si un diario o unas memorias o algo sin nombre, y había dejado de preocuparse por esa clasificación porque la clasificación no cambiaba lo que la escritura le daba, que era un espacio propio donde las cosas podían tener la forma que tenían sin que hiciera falta organizarlas para nadie más.

Escribía sobre Celia con frecuencia. Sobre momentos específicos que la memoria iba ofreciendo con la generosidad particular que tiene el recuerdo cuando ya no hay que administrarlo con cuidado porque la persona ya no está para contradecirlo o corregirlo. La tarde en que se conocieron en la clase de Ecología. La manera en que sostenía la taza de té con las dos manos en los últimos años. El bueno que dijo a la salida del consultorio del neurólogo, que había sido la respuesta más valiente que había escuchado en su vida aunque en el momento no hubiera sabido reconocerla del todo. Escribía sobre esos momentos no para preservarlos, porque ya estaban preservados en algún lugar donde los recuerdos se guardan sin necesidad de papel, sino para entenderlos de otra manera, para verlos desde la distancia que solo da el tiempo y que revela detalles que la proximidad impedía ver.

Hacia el final del verano, siete meses después de la muerte de Celia, Herminio encontró en la libreta azul algo que no había buscado deliberadamente pero que estaba ahí, distribuido a lo largo de cientos de páginas escritas con su letra ordenada: el relato de un período de su vida que había sido, a la vez, el más difícil y el más honesto que había vivido. El proceso de la jubilación y el

proceso de perder a Celia, los dos entretreídos de una manera que hacía imposible contar uno sin el otro, porque habían ocurrido juntos y porque los dos habían cambiado al mismo hombre, aunque ese hombre siguiera siendo, en lo fundamental, reconociblemente él.

No tenía nombre todavía para lo que era eso. Pero sabía que era algo, y que ese algo era suyo, y que valía más que cualquier reconocimiento enmarcado con escudo institucional y letras doradas.

Un martes de septiembre, exactamente dos años después del último septiembre en la Preparatoria Justo Sierra, Herminio salió a caminar por el centro a su hora habitual y pasó, sin haberlo planeado, frente a la escuela. Las clases habían empezado esa semana y el edificio tenía el ruido de siempre y el olor de siempre, la pintura fresca y el patio mojado por las lluvias de fin de verano y la energía específica de los comienzos. Se detuvo un momento en la banqueta de la calle Reforma y lo escuchó todo con la atención del que sabe que está escuchando algo que ya no le pertenece pero que tampoco le es del todo ajeno, porque treinta y dos años dejan una pertenencia que no se cancela con la entrega de la credencial.

Un alumno salió corriendo por la puerta principal y casi lo atropelló, y se detuvo a decir perdón con la expresión del que no tiene tiempo para más y Herminio lo miró ir con una sonrisa que no era nostalgia sino algo más tranquilo, más asentado: el reconocimiento de que eso había sido bueno y que ya había sido, y que lo que era ahora también era bueno aunque fuera diferente.

Siguió caminando hacia el zócalo con las manos en los bolsillos y sin portafolio y sin termo y sin prisa, que era la manera en que caminaba ahora, que era su manera.

Hubo una tarde de octubre, cuando el aire de Puebla empezaba a tener esa temperatura de fin de año que anuncia el frío sin imponerlo todavía, en que Herminio hizo algo que no había hecho desde que Celia murió: sacó la fotografía del buró y la limpió con un trapo suave y la volvió a poner en su lugar. Era un gesto pequeño, casi trivial, pero tenía un peso que él mismo tardó en entender. No era el gesto del que guarda algo porque ya terminó, ni el del que lo exhibe para no olvidar. Era el gesto del que decide que algo merece seguir estando presente porque forma parte de lo que uno es, porque los treinta y ocho años que esa fotografía representaba no eran un capítulo cerrado sino la base sobre la cual estaba construido todo lo que quedaba.

Celia con su vestido blanco y su claridad de siempre. Herminio con su corbata azul marino y su expresión del que todavía está aprendiendo.

Dos años después de ese último septiembre en la Justo Sierra, Herminio Lafragua tenía sesenta y siete años y vivía solo en el departamento de la calle de Los Pilares y caminaba por el centro de Puebla todas las mañanas y escribía en la libreta azul y desayunaba con el señor Fuentes los miércoles probables y hablaba con Celeste y con Amador con la frecuencia que los tres habían encontrado sin negociarla. Tenía los libros que había comprado en la librería de Rosales y los que todavía no había comprado. Tenía la gardenia del

señor Fuentes, que había florecido al fin en primavera y que olía en el balcón del séptimo piso con una intensidad que llegaba hasta el segundo, que era donde vivía Herminio, en los días en que el viento soplaba en la dirección correcta.

No era feliz en el sentido fácil de la palabra, que requiere una ligereza que la vida real raramente sostiene por mucho tiempo. Era algo más consistente y más honesto: era un hombre que sabía lo que había vivido, que no le pedía disculpas a nadie por cómo le había ido, que se levantaba cada mañana con razones concretas para hacerlo aunque esas razones fueran más modestas que las de antes, y que había llegado a entender, con la tardanza con que se entienden las cosas que importan de verdad, que la vida tiene sentido cuando se ha vivido con atención y con honestidad y con la disposición a quedarse en los lugares difíciles hasta que el lugar deja de serlo tanto.

Eso era suficiente. Era, de hecho, bastante.

CAPÍTULO 11

La paz de los que entienden

Había una hora del día que Herminio había aprendido a reconocer como suya de una manera que no había tenido antes, ni en los años de trabajo ni en los primeros años de la jubilación cuando todavía estaba aprendiendo a habitar el tiempo sin estructura. Era la hora del atardecer, cuando la luz de Puebla cambiaba de ángulo y se volvía más horizontal y más dorada y entraba por la ventana de la sala con esa calidad particular que tienen las últimas horas de la tarde en las ciudades de altura, iluminando el polvo en suspensión y los lomos de los libros en el estante y el sillón de Celia que seguía en su lugar después de todos estos años porque moverlo nunca había dejado de parecerle una declaración demasiado definitiva para algo que no necesitaba ser declarado.

Tenía sesenta y nueve años. Dos años y cuatro meses después de la muerte de Celia, y casi cuatro años después del último septiembre en la Preparatoria Justo Sierra. Vivía solo con la soledad que ya conocía bien, que había dejado de ser intemperie para volverse algo más parecido a un paisaje familiar: todavía exigente en ciertos momentos, todavía capaz de sorprenderlo con su peso en las noches largas del invierno poblano, pero ya no desconocido, ya no el territorio sin señales del primer lunes.

Se sentaba en esa hora del atardecer con el café que ya era descafeinado porque el médico lo había recomendado con la insistencia de quien ha repetido la misma recomendación suficientes veces como para no aceptar más negativas, y dejaba que los pensamientos llegaran sin organizarlos demasiado, que era algo que había aprendido a hacer con más naturalidad de la que habría creído posible para alguien que había pasado treinta y dos años organizando el pensamiento propio y ajeno en esquemas y fechas y relaciones de causa y efecto.

Lo que llegaba en esa hora no era siempre ordenado ni siempre cómodo, pero era honesto. Y la honestidad, había llegado a entender con la tardanza con

que se entienden las cosas que importan, era lo único que valía la pena exigirse a esta altura de la vida.

Pensaba en la jubilación con una distancia que los primeros meses no habían permitido. La veía ahora desde el otro lado del proceso, desde el lado del que ya lo atravesó completo y puede mirarlo hacia atrás con la perspectiva que da el tiempo, y lo que veía era más complejo y más verdadero que cualquiera de las versiones que había tenido de ella antes de vivirla. No era el premio que le habían dicho que era, ni el abismo que había temido que fuera, ni el tránsito tranquilo que algunos hacían parecer desde afuera. Era las tres cosas a la vez, en proporciones que variaban según el día y según la persona y según lo que esa persona traía consigo cuando llegaba al umbral.

Lo que nadie le había dicho, y que él tampoco habría podido decírselo a nadie antes de saberlo desde adentro, era que la jubilación no era el final de la utilidad sino el final de un tipo específico de utilidad. Que dejar de ser el profesor Lafragua frente a treinta y cuatro alumnos de quinto semestre no significaba dejar de ser útil al mundo, sino aprender a serlo de otras maneras, más silenciosas y menos medibles pero no menos reales. Útil para Celia cuando Celia lo necesitó, que era una utilidad que no aparecía en ningún expediente del ISSSTE pero que había sido quizás la más importante de su vida. Útil para el señor Fuentes en los desayunos de los miércoles, que eran también para el señor Fuentes lo que eran para él: la prueba de que alguien recordaba que existías y que eso importaba. Útil para Celeste y para Amador de una manera diferente a la de cuando eran niños, no como el padre que organiza y decide sino como el padre que está, que escucha, que representa algo sólido en el paisaje de sus vidas aunque ya no sea el centro de ese paisaje.

La utilidad, había entendido, no tenía que ser visible ni institucional ni remunerada para ser real. Podía vivir en un desayuno compartido y en una llamada del miércoles y en las páginas de una libreta azul que nadie más iba a leer pero que existían, que decían algo verdadero sobre una vida particular, que eran la prueba de que ese hombre había estado aquí y había prestado atención.

Pensaba en Celia con la frecuencia de siempre, que no había disminuido con el tiempo sino que había cambiado de textura. En los primeros meses después de su muerte, el recuerdo tenía un filo, algo en él que cortaba si uno no tenía cuidado. Ahora era diferente: más suave en los bordes, más asentado, con una presencia que no dolía de la misma manera aunque tampoco había dejado de doler del todo, porque esas cosas no terminan de dejar de doler y pretender lo contrario sería una mentira que Celia no habría tolerado y que él tampoco estaba dispuesto a contarse.

Lo que sí había cambiado era la proporción entre el dolor y la gratitud. Al principio el dolor ocupaba más espacio. Ahora la gratitud ocupaba más, no porque el dolor hubiera desaparecido sino porque la gratitud había crecido con el tiempo de la manera en que crecen las cosas que se cultivan sin darse cuenta, simplemente viviendo y recordando y dejando que los recuerdos buenos hicieran su trabajo.

Estaba agradecido por treinta y ocho años de matrimonio con una mujer que lo había visto con más claridad que nadie y que sin embargo había decidido quedarse. Agradecido por los dos hijos que llevaban sus nombres elegidos y que habían salido bien de maneras que ninguno había anticipado exactamente. Agradecido por treinta y dos años de salones y listas de calificaciones y alumnos que llegaban sin saber quiénes eran y salían con algo más de lo que traían. Agradecido por Puebla, que había sido siempre el escenario y que resultó ser también, cuando tuvo tiempo de mirarla sin prisa, un personaje con sus propias historias y sus propias texturas y su propia manera de acompañar a los que la habitaban.

Agradecido, también, por las cosas difíciles. Por el laberinto burocrático de la jubilación que lo había enseñado a esperar sin controlar el ritmo. Por los años de cuidar a Celia que lo habían enseñado que la utilidad más profunda no necesita testigos. Por la soledad de estos últimos años que lo había enseñado a estar consigo mismo sin huir hacia ningún lado, que era quizás el aprendizaje más difícil y más tardío de todos.

La segunda libreta azul estaba casi llena. Herminio la tomó del estante donde la guardaba junto a la primera y la abrió en la última página escrita, que era de tres días atrás, y la leyó con la atención del que relee algo propio buscando no correcciones sino confirmación de que lo que escribió era verdad cuando lo escribió. Lo era. Era torpe en algunos lugares y más preciso en otros, como es siempre la escritura que no pretende ser literatura sino simplemente registro honesto de lo que ocurrió y de cómo se sintió mientras ocurría. Pero era suyo, completamente suyo, y eso valía más que cualquier elegancia que hubiera podido imponerle desde afuera.

Cerró la libreta y la devolvió al estante.

Afuera, Puebla hacía su ruido de siempre. El autobús de la línea tres pasó con su traqueteo habitual. Alguien en el edificio de enfrente cerró una ventana. Un niño gritó algo desde la calle con esa energía sin dirección de los que tienen seis años y el mundo entero por delante.

Herminio lo escuchó todo con la atención tranquila del que ya no necesita identificar cada sonido para sentirse seguro en el mundo que lo contiene. Era su ciudad y era su hora y era su sillón, y el sillón de Celia seguía en su lugar frente a él con la densidad particular de las cosas que fueron muy usadas y muy queridas, y la fotografía del buró seguía en su lugar con los dos jóvenes que habían sido y que de alguna manera seguían siendo en la memoria de los que los conocieron y en la sangre de los hijos que habían criado juntos.

No tenía miedo. Eso era lo que más lo sorprendía cuando se detenía a examinarlo con honestidad: que a los sesenta y nueve años, solo en un departamento de Puebla con el café descafeinado y las libretas azules y el sillón de Celia vacío frente a él, no tuviera miedo. No de la muerte, que era lo que la gente generalmente temía a esta edad y que a él le parecía simplemente el siguiente paso en una dirección que ya conocía, porque había visto morir a sus padres y había visto morir a Celia y había aprendido de esas muertes que el final podía ser, si uno había vivido con suficiente honestidad, algo parecido a una conclusión más que a una interrupción. No de la soledad,

que ya era conocida y ya era habitable. No del olvido, porque había dejado páginas escritas y había dejado hijos que llevaban algo suyo en la manera de estar en el mundo y eso era suficiente presencia para después.

Lo que sentía, en esa hora dorada del atardecer poblano con el ruido de la ciudad afuera y el silencio familiar del departamento adentro, era algo que tardó un momento en nombrar con precisión y que al final nombró con la palabra más sencilla disponible: paz.

No la paz de los que no han sufrido, que es una paz frágil porque no ha sido probada. La paz de los que sufrieron y siguieron y llegaron al otro lado con suficiente integridad como para mirarse al espejo sin apartar los ojos. La paz que no se regala ni se hereda sino que se construye, despacio y sin garantías, en el trabajo de todos los días y en la honestidad con uno mismo y en la disposición a quedarse en los lugares difíciles hasta que el lugar deja de serlo tanto.

Era esa paz. Y era suficiente.

La luz del atardecer se fue desplazando lentamente por la pared de la sala, como lo había hecho todos los días durante quince años en ese departamento, con la puntualidad silenciosa de las cosas que no necesitan que nadie las recuerde para seguir ocurriendo. Herminio la siguió con los ojos hasta que llegó al borde del estante de los libros y luego se quedó quieta un momento, como si dudara, antes de seguir su camino hacia la oscuridad gradual de la tarde que se convierte en noche.

Herminio cerró los ojos.

Respiró despacio, con la tranquilidad de los que han aprendido a no pedir al cuerpo más de lo que el cuerpo puede dar, y dejó que el silencio del departamento y el ruido lejano de la ciudad se mezclaran en ese espacio interior donde guardaba todo lo que había sido y todo lo que quedaba de ello.

Pensó en Celia. En su vestido blanco y en su bueno dicho a la salida del consultorio y en la manera en que sostenía la taza con las dos manos y en los treinta y ocho años de una vida que había valido la pena en todos los sentidos en que una vida puede valer la pena.

Pensó en Celeste y en Amador, que tenían sus vidas y sus ciudades y sus propias maneras de estar en el mundo y que lo querían con la constancia discreta que él les había enseñado sin saber que les enseñaba.

Pensó en el salón 14 y en el olor de septiembre y en los grupos de quinto semestre que llegaban sin saber quiénes eran y salían con algo más.

Pensó en todo eso con gratitud y sin dolor, o con el dolor justo que merecen las cosas buenas cuando terminan, que es un dolor diferente al otro, más limpio, más parecido a la melancolía serena de los que han vivido bien y lo saben.

Y luego dejó de pensar y se quedó simplemente ahí, en su sillón, en su departamento, en su ciudad, con la paz que había construido ladrillo a ladrillo durante todos estos años y que nadie podía quitarle porque era completamente suya.

Afuera, las jacarandas de la calle Reforma iban a florecer pronto.
Era casi primavera.

EPÍLOGO

Lo que nos dejan

Celeste llegó en el primer vuelo de Monterrey que encontró esa mañana de marzo, con la maleta pequeña de los viajes que se hacen sin saber cuántos días van a durar y con esa expresión particular que tienen las personas que han recibido una noticia en el camino y todavía están procesándola mientras se mueven. Amador llegó dos horas después en el autobús de la Ciudad de México, sin maleta porque no había tenido tiempo de preparar una, con la ropa del día anterior y los ojos de quien no durmió.

Se encontraron en el departamento de la calle de Los Pilares, que el señor Fuentes había abierto con la llave que Herminio le había dado hacía dos años para estas eventualidades, con esa previsión tranquila de los que han pensado en todo sin dramatizarlo. El departamento estaba en orden, como siempre lo había estado, con los libros en los estantes y la fotografía en el buró y el sillón de su madre en su lugar en la sala y la planta de Daniel en el balcón con una salud obstinada que seguía sorprendiendo a todos los que la conocían.

El señor Fuentes los esperaba en la sala con café hecho y la discreción de quien sabe cuándo su presencia ayuda y cuándo estorba. Les contó lo que había encontrado cuando subió a llamar a Herminio porque no había bajado al desayuno del miércoles, que era la primera vez en meses que no bajaba sin avisar. Les contó que estaba en su sillón, con los ojos cerrados y una expresión que el señor Fuentes describió, con la sencillez directa de los hombres que no adornan las cosas difíciles, como tranquila. Que parecía estar durmiendo. Que probablemente se había ido así, en su hora del atardecer, en su sillón, en su ciudad.

El señor Fuentes se fue después de un rato, con el apretón de mano que era su manera de decir lo que las palabras no siempre podían decir, y Celeste y Amador se quedaron solos en el departamento que había sido la casa de sus padres y que ahora era algo diferente, todavía no sabían exactamente qué.

Se sentaron en la sala, Celeste en el sillón de su padre y Amador en el sofá, con el café del señor Fuentes todavía caliente, y estuvieron un rato sin hablar con el silencio de los que han perdido algo grande y todavía están midiendo el tamaño de lo que perdieron.

Fue Amador quien habló primero, que era inusual porque era el de los gestos antes que las palabras, pero que en ese momento tuvo palabras antes que gestos.

—Llegó hasta ella —dijo.

Celeste lo miró.

—Eso pensé yo también —dijo—. En el avión, cuando venía. Que había llegado hasta ella.

No era una idea religiosa ni una metáfora forzada. Era simplemente la manera más honesta que encontraron de decir lo que sentían: que su padre había completado algo, que había vivido lo que quedaba después de Celia con la dignidad que siempre había puesto en las cosas que valían la pena, y que había llegado al final sin haberse rendido ni haberse perdido. Que era, de alguna manera que los dos entendían sin poder explicarla del todo, el final correcto para esa historia.

Celeste se levantó y fue al buró. Tomó la fotografía de la boda, que llevaba ahí desde antes de que ella naciera, y la sostuvo con las dos manos mirándola con la atención de quien ve algo familiar de una manera nueva. Sus padres jóvenes, los dos con esa expresión de los recién casados que están felices y también un poco asustados. Su madre con el vestido blanco que había elegido contra la opinión de la abuela. Su padre con la corbata azul marino que todavía estaba en algún cajón.

—Los conocí toda mi vida —dijo— y siento que apenas los estoy entendiendo ahora.

Amador se acercó y miró la fotografía junto a ella.

—Creo que es así —dijo—. Que uno entiende a sus padres cuando ya no están para contradecir lo que uno entiende.

Era una frase más precisa de lo que Amador solía producir, y Celeste lo miró con algo parecido a la sorpresa y a la ternura simultáneas.

—Eso lo aprendiste de él.

—Todo lo bueno que sé lo aprendí de los dos.

Lo dijeron sin solemnidad, con la naturalidad de las verdades que no necesitan ser proclamadas porque simplemente son, y luego volvieron a sentarse y el silencio que siguió fue diferente al anterior: menos pesado, más habitado, con la textura de los silencios que comparten las personas que se quieren y que están procesando algo juntas sin necesidad de procesarlo en voz alta todo el tiempo.

Pasaron el resto del día en el departamento, haciendo las cosas que hay que hacer cuando alguien se va, que son muchas y concretas y que tienen la virtud de ocupar las manos mientras la mente va llegando poco a poco a lo que ha ocurrido. Encontraron las dos libretas azules en el estante, juntas, con la letra ordenada de su padre en las tapas con la fecha de inicio de cada una. Las pusieron sobre la mesa del comedor sin abrirlas todavía, de acuerdo tácito, porque abrirlas era algo que requería más tiempo y más quietud de los que ese día tenía disponibles.

Encontraron también, en el cajón de la mesa de noche, la corbata azul marino doblada con cuidado junto a la peineta de carey de su madre, que Herminio había guardado ahí desde el día del funeral de Celia sin que ninguno de los dos hijos lo supiera hasta ese momento. Celeste la tomó con los dedos despacio, como se toma algo frágil, y Amador la miró y ninguno de los dos dijo nada porque no había nada que decir que no estuviera ya dicho en el gesto de ese hombre que había guardado la peineta de su esposa junto a su corbata de bodas como si esas dos cosas juntas en un cajón fueran la forma

más privada y más verdadera de decir lo que treinta y ocho años de matrimonio habían sido.

Esa noche, cuando los trámites del día habían terminado y el departamento estaba quieto y afuera Puebla hacía su ruido nocturno de siempre, Celeste y Amador se sentaron en la sala con las libretas azules entre los dos y las abrieron.

Leyeron durante horas, turnándose los cuadernos, en silencio o en voz alta cuando algo pedía ser dicho en voz alta, con la concentración de quien descubre que el hombre que creyó conocer toda su vida tenía también una vida interior que no había mostrado del todo, no por ocultamiento sino por la discreción específica de los que procesan las cosas solas antes de compartirlas, que era un rasgo que venía de su madre pero que su padre había aprendido con los años a su manera particular.

Leyeron sobre el olor de la preparatoria en septiembre y sobre los trámites del ISSSTE y sobre los jubilados en las bancas del zócalo y sobre la planta de Daniel y sobre la frase de Aurelio del ruido que se apaga. Leyeron sobre su madre, sobre el dicho a la salida del consultorio y sobre la cuchara sostenida con las dos manos y sobre los treinta y ocho años que el cuaderno describía con la gratitud tranquila de quien los había vivido sin desperdiciarlos. Leyeron sobre ellos mismos, sobre las llamadas del domingo y del miércoles y sobre las frituras de la central de autobuses y sobre la promesa hecha en la cocina un domingo de febrero que su padre había recordado y registrado porque era de los que guardaban las promesas, propias y ajenas, con la misma atención.

Cuando terminaron era tarde. Celeste cerró la última libreta y la dejó sobre la mesa y miró a su hermano con esa expresión que tenía cuando estaba pensando algo que todavía no tenía forma de palabras pero que iba a tenerla pronto.

—¿Tú crees que nosotros vamos a ser así? —dijo al fin.

Amador entendió lo que preguntaba sin necesidad de más explicación, porque llevaban toda la vida entendiéndose con la eficiencia particular de los hermanos que crecieron en la misma casa y aprendieron los mismos códigos.

—No lo sé —dijo—. Espero que sí.

—Yo también.

No era una aspiración vaga ni un homenaje sentimental. Era una pregunta real que los dos habían empezado a hacerse esa noche y que iban a seguir haciéndose durante mucho tiempo: si habían recibido suficiente de lo que sus padres habían sido para poder, llegado el momento, atravesar sus propios procesos con la misma honestidad y la misma dignidad. Si la constancia de su padre y la claridad de su madre habían pasado a ellos de la manera en que pasan las cosas importantes, no declaradas sino demostradas, no heredadas sino aprendidas en la práctica de vivir cerca de alguien que las tiene.

No había respuesta todavía. Era demasiado pronto y ellos eran todavía demasiado jóvenes en el sentido de que tenían demasiado por delante para saber qué iban a hacer con ello. Pero la pregunta estaba ahí, instalada con la firmeza de las cosas que no se van una vez que llegan, y eso era ya algo:

saber qué se quería ser, aunque el camino para llegar a serlo fuera todavía largo e incierto y lleno de cosas que ninguno de los dos podía anticipar.

Celeste tomó la peineta de carey que había dejado sobre la mesa y la sostuvo un momento en la palma de la mano, mirándola con la misma atención con que había mirado la fotografía de la boda.

—Ella también llegó hasta él —dijo—. En cierto modo.

Amador asintió despacio.

—En el cajón —dijo— los dos llegaron hasta el otro.

Afuera, en la calle de Los Pilares, Puebla dormía con el ruido tranquilo de las ciudades que no saben que algo importante acaba de terminar en uno de sus departamentos y que sin embargo siguen siendo el escenario donde la vida ocurre, indiferente y generosa a la vez, lista para el siguiente capítulo de quienes la habitan.

En la sala del departamento, Celeste y Amador Lafragua se quedaron un rato más en silencio, con las libretas azules de su padre sobre la mesa y la fotografía de sus padres jóvenes apoyada contra la pared y la planta de Daniel en el balcón sobreviviendo obstinadamente la noche de marzo, y pensaron en lo que había sido y en lo que vendría, que es lo que piensan los hijos cuando por fin entienden que son la siguiente generación y que les toca, ahora sí, cargar con lo que los define y hacer con ello lo mejor que puedan.

Era suficiente herencia.

Era, de hecho, la única herencia que importaba.

—FIN